



*Entre espías
anda el juego*

CAROLINA GATTINI

Entre espías anda el juego.

Carolina Gattini.

Agradecimientos a mi madre, a mis amigas y a todas las mujeres estresadas del mundo..., que inspiraron este libro.

Capítulo 1.

Los que nacimos en los ochenta tenemos algo especial, no sé cómo llaman a mi generación, x, z o pi, pero somos la generación que más ha usado la imaginación: Empezaba a haber información por todas partes y, a la vez, todavía no había invadido las casas la última tecnología en videojuegos. Veo a mis hijos cuando salgo del baño y pongo los ojos en blanco... Haber nacido en los ochenta significa que también jugaba con videojuegos, pero es que acabo de ver al mayor darse un golpe en la cabeza con el marco de la puerta mientras sus gafas virtuales le tiran hacia atrás del cable... Miro hacia la otra habitación y veo a mi otro hijo riéndose mientras ve a unos youtubers haciendo las tonterías más grandes del mundo... No es que hagan cosas graciosas, es que se tiran desde un balcón a una cama elástica envuelta en cinta americana.

—Se van a matar —le digo a modo de información subliminal por si se le ocurre imitarles.

Hay un momento en la vida en el que al ver algo así cambia la forma de pensar radicalmente. Creo que se llama hacerse adulta, o hacerse madre... No sé exactamente, pero cada vez que veo a alguien en patín o en bicicleta intentando hacer piruetas y cosas imposibles, por ejemplo, en las azoteas de los edificios, me hierve la sangre. Es duro, pero tengo que admitirlo, me he convertido en mi madre.

—Eres una pesada —me responde.

—Menos mal que estoy invirtiendo mis ahorros en acciones... —recuerdo negando con la cabeza.

—¿Crees que somos tontos? —dice el pequeño, Philip.

—No, jamás diría algo así —aseguro llevándome la mano derecha al pecho.

Philip es el más inteligente. El otro, Alain, creo que de tanto usar esas gafas virtuales se me ha quedado un poco... un poco... bueno, es muy guapo. Un par de años más y tendrá a todas las chicas locas.

Además de madre soy vidente, no es que me dedique a ello de profesión, pero es una habilidad que he desarrollado últimamente. Por ejemplo, veo un vaso en el borde de una mesa y sé que va a caer... Veo al mayor ajustándose

las gafas virtuales y calculo que en unos diez minutos se volverá a golpear...

Enciendo mi portátil y desde el salón oigo el golpe...

Suena el móvil con una notificación del grupo de madres divorciadas que toman ansiolíticos como si se tratara de caramelos. No se llama así el grupo, ya que acertadamente alguien lo nombró como “Les belles filles”. La regla para estar en este grupo es sencilla, tener dos hijos o más, o uno hiperactivo que valga por dos...

—Tengo que hacerme cavitación —dice Claire.

—Yo estoy pensando en coserme la boca —le responde Anne.

—Ultrasonidos, me lo hice el año pasado y reduje dos centímetros en cada muslo —recomiendo yo.

—¿Dónde te lo hiciste, Geneviève? —me pregunta Claire.

—Putita celulitis —se queja Anne.

Tengo que hacerme los ultrasonidos pero ya, pienso mirando mis piernas cuando aparto el ordenador. Vuelvo la vista hacia el móvil y otra se queja de los hombres, que si son esto o lo otro... Ya saben...

—He visto un muñeco biónico en internet que sustituirá a los hombres... No sé si me explico —les digo riendo en mi interior.

—¿Qué hace? ¿También habla? —pregunta Claire.

—Espero que no, porque entonces debería ser más barato. Aunque aceptaría que dijera: “Por favor Geneviève, no me pegues, que te costé muy caro”, pero nada más.

—¿Cuánto vale?

—Unos tres mil euros.

—La madre que los parió a los fabricantes... A ver si baja de precio, porque si me compro el muñeco ya no necesito la cavitación —dice Anne.

—Lo compramos a medias —sugiere Claire—, yo me quedo la parte de abajo y vosotras la de arriba —acaba poniendo caritas sonrientes.

Y así continúa la conversación, en este nivel cultural...

Vuelvo de Estocolmo con la satisfacción de haber cumplido mi misión. Recibo un mensaje de James en el aeropuerto de Charles de Gaulle diciéndome que todo ha salido bien y que me reúna con ellos en la embajada.

Mientras voy en el taxi compruebo en mi móvil algunos datos de la próxima misión. Necesito vacaciones... Si me dedico a esto, con el nivel de estrés que tengo, no es porque no trabaje bien bajo presión, de hecho la adrenalina me activa, me gusta el riesgo que conlleva este trabajo, pero no tengo veinte años y la ilusión y, sobre todo, las ganas, se han ido diluyendo

con el tiempo. Digamos que me gusta mi trabajo, pero necesito descansar entre una misión y otra. El problema es que en mi profesión no hay un horario ni unas condiciones en las que el trabajo vaya viniendo gradualmente, y a veces los problemas se entrelazan y es cuando se convierte en una pesadilla.

A veces pienso en retirarme, pero James siempre encuentra alguna forma de hacerme cambiar de idea. Seguramente, cuando el nivel de estrés haya llegado a su límite me dará unas prolongadas vacaciones en el Caribe o en algún rincón del Mediterráneo. Porque ni siquiera tengo una dirección a la que volver cuando no trabajo. Simplemente alquilo una casa en algún lugar perdido donde poder descansar.

De joven no me importaba esta situación, de hecho me gustaba tanto viajar..., me gustaba el riesgo, no me planteaba el hecho de no tener un hogar al que volver. Ahora esas cosas me parecen distintas. Estoy harto de viajar, cada vez se me hace más cuesta arriba.

Al fin llego a la embajada y me dirijo directamente al sótano, concretamente a la planta -2, donde me espera James y el resto del equipo.

—¡Eduard! —exclama al verme justo cuando se abren las puertas del ascensor que lleva hasta allí y que sólo funciona con la huella dactilar de los miembros de mi unidad.

—James, he estado revisando los datos —entro directamente en materia—. Hay algunas cosas que no me cuadran.

—Siempre me gustó tu profesionalidad —reconoce con una sonrisa acercándose a la mesa central donde está la enorme pantalla con toda la información relativa a la nueva misión.

—Es imposible que hayan reducido tanto el proyector de esos ultrasonidos para que sea un arma portátil —digo haciendo caso omiso de su halago y tocando la pantalla táctil para abrir los planos del diseño que nos ha enviado el contacto en París sobre esa nueva arma.

Metó en el coche a esos dos niños que dicen ser mis hijos, las mochilas de actividades extraescolares, las del colegio, mi maletín con el portátil y la tablet, mi bolso, la bolsa de la comida en tupers, unos zapatos por si hace calor luego, el perro... No, éste no viene. Vuelvo a sacar al perro y lo meto en casa, y al fin subo yo.

—¿Todos atados ahí detrás?

Oigo un mm colectivo o gruñido, no sé qué tipo de lenguaje usan ahora los jóvenes, pero creo que es una respuesta afirmativa a mi pregunta.

Arranco el motor y salgo derrapando de mi casa de dos plantas típica de

barrio familiar, antes de que la puerta del garaje se termine de abrir. Los demás vecinos suelen esperar a que se cierren las puertas de sus respectivas casas, pero yo no tengo tiempo de esperar, tengo exactamente doce minutos y medio para cruzar media ciudad y dejar a esos dos en el colegio. Si no llego a tiempo cerrarán la puerta y tendré dos opciones: esperar en secretaría a que alguna alma piadosa se los lleve a clase o quedármelos toda la mañana en la oficina. La segunda opción me da la energía de adelantar a un hombre de unos cincuenta años en una furgoneta de reparación de persianas. Voy metiéndome entre los coches mientras mi hijo pequeño se queja de que giro bruscamente y que se le cae el ordenador en el que está haciendo los deberes. Casualmente se le olvidó que había deberes extra...

—Ocho por siete, mamá.

Yo qué sé. Empiezo a contar rápidamente mientras adelanto a otro y entro en la autovía como una desquiciada.

—Cincuenta y seis —respondo—. ¿No tienes una calculadora ahí?

—Pero no nos dejan usarla —responde como si lo más lógico fuera usarme a mí de calculadora.

Tanta tecnología, tanto ordenador y no sabe multiplicar.

El mayor ni habla, lo veo desde el espejo retrovisor chateando con el móvil...

—Creo que he batido un récord —les informo satisfecha cuando llego a la puerta del colegio antes de lo que esperaba.

—Te voy a cronometrar la próxima vez, mamá —dice Philip.

—Un beso de cada uno —digo desde la ventanilla del coche antes de volver a arrancar el motor y salir derrapando de nuevo hacia mi próximo destino.

Le mando un audio a mi jefe diciéndole que en cinco minutos estoy en su casa. El pobre es un desastre, no se aclara ni para conducir y al final hemos llegado al trato en el que él se dedica a su trabajo y yo a ayudarle en todo lo demás. Es bueno en su trabajo, pero por alguna razón es un negado para el ámbito administrativo, el ámbito de alimentarse, el de llegar a tiempo a cualquier cosa, etc. Llevo seis meses trabajando para él y no me puedo quejar... En realidad es como si tuviera un tercer hijo, y como ya estoy acostumbrada a los niños, no me supone un problema. Digamos que nos complementamos.

—En el maletín están las facturas, anoche las envié a los clientes —le digo cuando entra en el coche.

—No sé qué haría sin ti. Para hacer una factura me tiraba la tarde entera. Te pagaré las horas extra.

Si supiera que las hice sentada en la taza del wc... Y que me dedicué el resto de la tarde a leer novelas románticas.

—Revísalas si quieres —le sugiero.

Él las mira y aprueba ajustándose las gafas.

—Perfecto. Ahora si pagan alguna será maravilloso.

Yo me río mientras adelanto al resto de coches de nuevo en la autovía.

—No hace falta que corras tanto, no tenemos prisa.

—Es la costumbre —me excuso recapacitando y bajando la velocidad.

—Podrías hacer carreras de coches y ganar un dinero extra —sugiere.

—A veces me lo he planteado, pero seguro que quedaría segunda y me perdería el premio. Tal vez si pusieran a mis hijos en la meta les ganaría... — calculo pensando que cuando tengo que recogerlos soy más eficiente en la conducción. Sólo de pensar en que se quedarían solitos esperándome, desvalidos, un poco inútiles...

Gerard se ríe y vuelve a ajustar sus gafas.

—El contacto en París se perdió hace una semana —dice James sentado frente a mí.

—Chloè, pasa todo lo que tengas sobre él. Su última localización y el vehículo —le pido.

—Sí, ahora mismo... Los que hacéis el trabajo de campo sois demasiado impacientes —reconoce tecleando a mi lado para enviar a la pantalla la información que le he pedido.

—Gajes del oficio.

—George, ¿tienes algo más? —pregunto al otro miembro de la unidad que se dedica a la labor informática, especializado en logística.

—Se perdió la pista en el puente Nelson Mandela.

Cuando la informática ya no da más de sí hay que ir en persona a comprobar las cosas...

—Iré allí a ver si encuentro algo —digo levantándome de la silla y cogiendo al vuelo mi chaqueta—. Seguid buscando.

Sigo el camino que hizo el espía y no encuentro más que un centro comercial con un supermercado en su interior después de cruzar el puente. Me detengo cuando entro en el parking y miro a mi alrededor. Podría haber quedado aquí para hacer un trato y se lo cargaron. Nos falta demasiada información...

De pronto mi móvil suena y es Chloè, diciéndome que tiene algo nuevo.

Las cámaras del parking sacaron una foto del contacto, me la envía ya. Sabía que este lugar podría estar relacionado. Es un buen sitio para hacer un trato. Todavía me sirve bien el instinto... supongo que llevo mucho tiempo viendo los mismos patrones.

Abro la foto y veo un coche azul y una rubia dentro. No se le ve bien la cara, sólo una parte. El coche es un Megane, sólo se ve la ventanilla, pero lo reconozco al instante. Chloè me envía un mensaje con la descripción del coche.

—El sistema ha determinado que es un Megane azul.

No le contesto que ya lo había deducido.

—Envíame su último informe.

Recibo el documento rápidamente y estudio con detenimiento los últimos mensajes que envió. Son algo ambiguos, pero estaba cerca de conseguir la información que necesitamos para encontrar la base del enemigo. Puede que haya desaparecido para evitar que la atraparan. No me gusta colaborar con los servicios de inteligencia franceses, ya trabajé con ellos hace unos años y me desquiciaban... Nunca dicen nada claro y les gusta “tocar las pelotas”.

A veces el destino o la casualidad hacen que todo salga bien, como por ejemplo ahora. Esto no se consigue con la informática... Veo pasar un Megane azul a toda velocidad por delante de mí con una rubia dentro. Aparca derrapando y sale corriendo del coche enviando un audio con el móvil.

—Tengo media hora para los ultrasonidos —dice en un susurro cuando pasa por delante de mí—. Te veo arriba.

No puedo tener tanta suerte. Envío un mensaje a Chloè y sigo a la rubia.

No sabemos si se ha pasado al otro bando y por eso perdimos el contacto, tampoco sabemos si está en peligro. Pero si se ha cambiado de “equipo”, no puede saber que yo estoy aquí. Tendré que averiguar por mi cuenta de qué lado está y qué ha descubierto. Y, sobre todo, tendré que detenerla antes de que nos venda a todos, si nos ha traicionado. O protegerla, si está en peligro. Si es un agente doble no debe saber que estamos siguiéndola, así que mejor mantendré las distancias.

Tendría que estar en el estudio de Gerard, pero como no tiene trabajo hoy me ha dejado salir antes. Dice que volverá a su casa en autobús. Tengo media hora hasta que tenga que recoger a los niños. Veo a un tipo en el aparcamiento que me mira fijamente, no pierdo detalle porque durante los años en los que me he convertido en mi madre, he desarrollado sus habilidades especiales,

con las que me fijo en todo. Por ejemplo, cada vez que mis hijos pierden algo yo sé dónde está, se me queda grabado en la memoria, o a veces la lógica hace el resto. Es parte de ese poder de videncia que me ha salido últimamente. Podría llamarme la pitonisa Geneviève y montar un consultorio. Pero el tipo que me ha mirado y que ahora se hace el despistado con el móvil me ha parecido bastante atractivo, por eso me he fijado en realidad. Un tío bueno y yo tengo que decirle a Claire que subo a hacerme el puto tratamiento de la celulitis y que me espere, que ya llego. No quiero que me oiga decir la palabra celulitis, pero Claire no lleva las gafas y me ha pedido que le mande audios, por lo que digo ultrasonidos, que es lo que nos van a hacer, llenarnos de ultrasonidos el culete... Y sólo tengo media hora, no me da tiempo del masaje.

Cuando entro en el ascensor del centro comercial desde el parking, el tipo buenorro se cuela dentro antes de que se cierren las puertas. No sé si le he gustado, pero sé que me mira de vez en cuando.

Claire me dice que me quede más tiempo, y yo quisiera quedarme, así me podrían hacer el masaje. Le respondo cuando se abren las puertas del ascensor con otro audio que no sé si podré librarme de ellos, aunque tienen extraescolares.

Miro a mi espalda y veo a ese hombre. Ya no sé si es un acosador. Está bueno, pero a veces no sé cuál es la diferencia entre un acosador y alguien interesante, tal vez el grado de belleza, o el de locura. Aquí hay gente, pero si lo vuelvo a ver saco la taser que llevo en el bolso, o incluso la navaja. La taser es por defensa personal, no tengo tiempo que perder en mi vida acelerada para que me atraquen, la navaja no es para defensa, es que cuando se tienen dos hijos pequeños siempre hay alguna etiqueta que cortar, un juguete que abrir o algún paquete de comida que desenvolver, fruta que pelar... Nunca se sabe, todo es emoción en mi vida...

Me meto en los aseos de chicas para ver si está ese hombre cuando salga. Normalmente no me fijo en los hombres que encuentro en el centro comercial o en el supermercado, pero éste es guapísimo, y esos ojos verdes me han quitado la respiración. Tenía barba de varios días y un aspecto cansado, el pelo castaño y unos labios sensuales...

De pronto suena el móvil. Es del colegio, algo ha pasado.

—¿Se ha caído? ¿Está bien? Voy inmediatamente.

Le mando un audio a Claire cuando salgo del baño diciéndole que tengo que irme, que se ha caído Alain en el patio del colegio. Me contesta que no se oye en otro audio.

—Alain ha caído —digo en un tono más alto para que me oiga y compruebo que el tipo de ojos verdes ya no está mientras corro hacia el parking.

Intento sacar las llaves del bolso y con los nervios se me cae todo al suelo. Me doy prisa por recoger la taser, el pintalabios, el tarjetero, la navaja y todo el kit de supervivencia que llevo ahí dentro, pañuelos para niños con mocos, barritas energéticas por si alguien de repente tiene hambre, media farmacia... Ya saben, lo normal.

Capítulo 2.

—Me ha visto —reconozco cuando se abren las puertas del ascensor y veo a mi equipo, especialmente a James.

—Estás perdiendo facultades —sugiere él.

—No podemos subestimar las habilidades del enemigo... —me defiendo.

George envía la localización del gps que he colocado en su coche a la pantalla más grande, la que está pegada a la pared.

—Ya hay dos agentes siguiéndola en este momento —dice Chloè—. Puede que cambie de coche.

Si me vuelve a ver a mí podría sospechar. No sabe quién soy, pero si se ha pasado al otro lado no puedo exponerme.

Chloè envía a la pantalla táctil toda la información que ha podido reunir sobre el contacto.

—Se llama Geneviève, tiene una tapadera perfecta. Es la secretaria de un técnico de sonido que tiene un estudio en las afueras, cerca de donde la has visto. No es que tenga mucho trabajo ese hombre. Tal vez él también forme parte de la tapadera.

—Nadie sospecharía de ellos.

—El agente francés que recibía sus informes ha desaparecido también, puede que haya sido ella —sugiere ahora Robert, otro miembro de mi unidad que ha llegado esta tarde de una misión.

—Los agentes la han perdido —dice George interrumpiendo nuestras elucubraciones y ajustando el auricular de su oreja.

—Ponlo en el altavoz —le ordena James.

George asiente y cambia el sonido hacia el altavoz para que oigamos a los agentes que seguían a la mujer. De todas formas el gps sigue funcionando. Un punto para la informática y la tecnología y uno menos para el trabajo de campo, pienso apesadumbrado.

—¿Cómo la habéis perdido? —pregunta James.

—Señor, la mujer ha girado después de adelantar a un vehículo y un camión nos ha cerrado el paso.

—Seguid la señal del gps cuando desbloquee el camino —les ordena y se

quita el micrófono que lleva enganchado a la oreja—. Sólo podemos esperar que no cambie de vehículo.

—Menuda cagada...

—Vuelve a la calle y encuéntrala —me pide James dejando el micrófono en la mesa un poco más enfadado de lo normal. Nos conocemos hace años y sé cómo se toma este tipo de cosas, por lo que vuelvo a coger mi chaqueta y salgo de allí lo más rápido que puedo por si decide pagarla conmigo también...

Tengo un problema con una cadena de supermercados muy famosa, aunque a veces también me pasa con otros supermercados, pero es que cuando veo uno tengo la imperiosa necesidad de entrar y comprar algo que seguro que me falta. Y ahora estoy viendo uno de mis favoritos a un lado de la carretera.

Cuando he llegado al colegio de mis hijos Alain no tenía nada grave, me he preocupado por nada, sólo un chichón más que añadir a su lista de golpes tontos. Por lo tanto estoy regresando a casa con algo más de tranquilidad, salvo que he visto el supermercado y tengo que entrar.

Dudo unos instantes, pero el vicio me puede y adelanto al coche que tengo delante para dar un volantazo y entrar en el parking que está al otro lado. Es decir, he tenido que meterme en el carril contrario para meterme allí, pero he visto el hueco y lo he podido hacer y tengo un problema, ¿vale?

Voy por los pasillos buscando cosas que pueda necesitar como una yonki de la leche, el pan o unas patatas para hacer puré. Voy analizando cada pasillo con cada producto, los precios, la relación calidad-kilo-precio. Me siento como si tuviera los ojos de terminator cuando entro en este modo analítico.

Cuando salgo del supermercado y me dirijo hacia el coche voy cargada de bolsas con comida y no consigo sacar las llaves del coche.

—¿Puedo ayudarla?

Yo miro al hombre que se ha acercado y dudo si debería aceptar su ayuda. Es el mismo que he visto esta mañana en el centro comercial. ¿Puede ser casualidad?

—No, gracias —digo desconfiada.

Pero cuando voy a sacar la llave se caen todas las bolsas al suelo y veo algunas latas salir rodando de ellas.

Él me sonrío y deajo que me ayude. Tal vez estoy cansada de tanto estrés o son sus ojos verdes, pero le devuelvo la sonrisa y le agradezco su ayuda.

Él me roza la mano con la suya al intentar meter los dos a la vez unos botes de especias. Nos miramos y me sonrojaría si no fuera porque sobrepasé los

treinta hace un tiempo, bueno y los treinta y cinco, y más, pero eso no es relevante en esta historia.

Seguir a esa mujer no es fácil, ahora comprendo mejor a los dos agentes que la seguían. Cuando estoy detrás, con el margen de un coche para que no sospeche del mío, hace una maniobra de despiste que me obliga a dar la vuelta en la siguiente rotonda para ir al parking donde se ha metido. Observo el gps mientras giro para comprobar que todavía está allí, o al menos su coche.

Afortunadamente para mí no ha dejado abandonado el coche, pero tengo que acercarme a ella como sea para ponerle un dispositivo de seguimiento en el bolso o en su ropa. Porque en cualquier momento nos da esquinazo. No sé si me ha visto seguirla y por eso ha hecho esa maniobra o lo hace por precaución, ya saben, gajes del oficio. La veo salir con un montón de bolsas de comida. Puede que esté planeando salir de la ciudad y esté aprovisionándose para el momento oportuno. Tengo que acercarme y averiguar qué está haciendo. Si está en peligro o es una agente doble.

—¿Puedo ayudarla? —le pregunto cuando la veo nerviosa intentando abrir su coche.

Puede que haya sospechado, pero necesito acercarme a ella y poner el dispositivo en su bolso.

Desconfía y aún se pone más nerviosa, puede que piense que pertenezco a la “organización” o sepa quién soy.

Cuando se le caen las bolsas es mi oportunidad de acercarme más y dejar en su bolso el dispositivo. Lo hago cuando se da la vuelta para recoger las demás cosas.

—Gracias —dice con una sonrisa—. Demasiado estrés —se excusa y coge la última lata que tengo en mis manos para meterla en el coche como si fuera una pelota de baseball.

Hacía años que no realizaba tareas de vigilancia, pero esta vez es distinto, no sé por qué. Sigo en el coche aunque dos agentes me han relevado. La miro una última vez con los prismáticos y decido regresar a la embajada. No hace nada sospechoso y a la vez todo lo es. Creo que la única forma de averiguar algo es infiltrarse en su casa, tener contacto con ella para saber qué está pasando, pero de la forma más discreta posible, porque si algún miembro de la organización se entera de que estamos aquí la operación se irá al traste.

Dos días después.

Gerard me recibe en su estudio con una sonrisa de oreja a oreja. Yo estoy a la vez menos estresada porque desde hace dos días los niños están con su

padre y hay una paz en mi casa que se puede ver, oler y hasta degustar si entrecierras los ojos un momento.

No sé cuál es la causa de la alegría de Gerard, pero me contagia enseguida su buen humor.

—¿Buenas noticias?

—No sabes cuánto de buenas. Ha llamado el productor de un grupo para grabar aquí un disco.

—¿Qué grupo? —pregunto sólo por simple curiosidad. La verdad es que no estoy muy puesta en la música moderna.

—Eso da igual, nos van a pagar muy bien. Es gente importante.

—En eso llevas razón, ya está bien de grupos de jóvenes sin dinero. Como vea otro adolescente entrar por esa puerta... saco la taser.

La puerta se abre y aparece el tipo que me ayudó con las bolsas en el supermercado. Esos ojos verdes no se pueden olvidar así como así. Y tiene ese aire despreocupado, despeinado, como Harrison Ford... Llevo demasiado tiempo soltera...

Vuelvo a la realidad y veo cómo Gerard lo recibe con una sonrisa acercándose a él para estrechar su mano.

—Le estábamos esperando. Ya le he contado a mi secretaria sobre el proyecto. Tendrá que hablar con ella para ver la agenda y ajustarnos.

¿De qué agenda habla? No tenemos clientes desde hace semanas... Al menos uno que pague... Yo dejo mi bolso sobre la mesa del vestíbulo que uso para trabajar como si fuera una oficina, ya que Gerard no puede permitirse tener una recepcionista y una contable a la vez y hago también esos roles. Abro el portátil y miro la agenda del sistema operativo... Porque ahora mismo no sé qué agenda mirar. Yo sé que es imposible que haya telarañas en el software, pero si no me falla la vista creo que he visto una.

—¿Cuándo empezamos?

—Cuanto antes, mañana mismo podemos hacer las pruebas —dice él con una sonrisa que me quita el sentido por un momento. Y yo sin hacerme los ultrasonidos...

Él le entrega a Gerard una carpeta y quedamos para mañana a primera hora. Cuando se despide de nosotros Gerard y yo mantenemos una sonrisa exagerada plantados en el suelo. Parecemos desesperados. Aunque en realidad lo estamos. Es difícil disimular eso.

—Voy a preparar el estudio —dice Gerard emocionado.

El teléfono suena y lo miro sorprendida. Como sea algún cliente menor de

treinta le cuelgo...

Afortunadamente es otro cliente de los que pagan. La suerte atrae más suerte, supongo. Al final sí vamos a necesitar la agenda.

Ha venido al estudio ese hombre, John, madre mía qué ojos. Lo veo trabajar con Gerard sobre la mesa de mezclas y me he quedado embobada ya un par de veces. Una amiga dice siempre que donde tengas la olla no metas la polla, otra dice que no coma donde cague, creo que es así la frase. Debería tatuarme todas esas frases para no caer de nuevo, incluso debería tatuarme algunas más, como en esa película... memento..., por ejemplo debería ponerme la de “si no te suma te resta”, la de “carretera y manta” y la de “si no te aporta fuera”. Son frases que no paran de repetirme todas, lo único malo es que no sé si cabrán todas en los brazos, y si me falta sitio voy a tener que seguir por las piernas...

Resuelto el tema de los tatuajes vuelvo a la sala de grabación y vuelvo a quedarme embobada viéndole allí inclinado sobre la mesa... Los pelos de punta. Creo que debo ir al centro comercial, allí me pueden hacer los ultrasonidos y los tatuajes. Bueno, tal vez los tatuajes no me los haga, pero necesito estar presentable para cuando venga la próxima vez este hombre... Son esos ojos, que me miran ahora por encima de sus gafas. Yo le sonrío y, después de darle la hoja que me ha pedido que imprimiera Gerard, él se despide diciendo que volverá mañana.

—Esta tarde tal vez aproveche y vaya a los ultrasonidos, no hay tiempo que perder —le digo susurrando a Gerard por si me oye John. ¡Qué vergüenza! Podría pensar que es por él...

—No están ni Alain ni Philip... Puedes hacer todo eso y más cosas —reconoce con una sonrisa.

—Se nota la relajación, ¿verdad?

—No sabía si era por John o por la falta de niños —reconoce ajustando sus gafas que le hacen parecer Gepetto.

No sé qué traman, pero he visto salir del estudio a un tipo que me suena de algo, tal vez ésta sea una tapadera. Le he hecho una foto y ya se la he enviado a Chloè. Gerard sabe algo, no estoy seguro de que esté totalmente implicado, pero ella le dijo ayer que iba a los ultrasonidos. Dos y dos son cuatro, y blanco y en botella..., aquí se está cociendo el negocio, ellos son los intermediarios en la compraventa de los ultrasonidos, y el coreano que acaba de salir no es trigo limpio... Según mis conjeturas ella se infiltró en la organización, el dinero le ha hecho cambiar de bando y ha asumido su papel

de intermediaria con los coreanos. No me gusta hacer tantas suposiciones, pero es que son muchos años en esta profesión y ya casi veo el futuro, mi intuición está muy desarrollada.

Ninguno de los miembros del grupo que va a tocar en el estudio de grabación tiene la menor idea de nada, ni siquiera saben que no soy productor, los hemos contratado sólo para poder infiltrarme en el estudio y averiguar qué está pasando. Si realmente es lo que yo creo estamos muy cerca de dismantelar a la organización. Antes de entrar en el estudio Chloè me envía la información de ese coreano. Sí, está fichado por la policía, es uno de los que estamos siguiendo, uno de los que sospechábamos que se pondría en contacto con la organización para la compra. Geneviève debe haber convencido a Gerard para entrar en el negocio, porque no dudo que realmente sea técnico de sonido, además el estudio lleva años aquí. De hecho, hubo un tiempo en el que se grabaron discos bastante famosos, pero ha decaído en los últimos años, y desde que llegó Geneviève no han producido gran cosa pero sin embargo siguen aquí, por lo que supongo que su interés ha cambiado, ella le habrá convencido para ganar dinero más rápidamente... Tengo que averiguar dónde está el agente francés, Philip, que trabajaba de enlace con los servicios de inteligencia. Si lo ha matado ella tendré que tener mucho cuidado, porque era uno de los mejores...

Aunque no aparenta nada de eso ahora mismo: la miro inclinada en su mesa de la recepción con las gafas a medio camino en su nariz mirando la pantalla del ordenador... Parece la típica secretaria. Realmente hay que reconocer que hace bien su papel. Nadie sospecharía de ella, sólo alguien con mi experiencia.

En cuanto percibe mi presencia se quita las gafas y me sonrío de una forma demasiado forzada. No sé, parece la típica secretaria, incluso a veces se hace la tonta mirándome así. Tal vez sedujo al agente francés, a Philip, y lo asesinó cuando tenía la guardia baja. Sólo sé que ya no está Philip, de hecho se lo oí decir a Gerard ayer cuando me iba. También habló de un tal Alain, no sé quién es ese, pero lo averiguaré.

Capítulo 3.

Hechos los ultrasonidos me dirijo hacia el estudio, no es que se note mucho por una sesión, pero me ha levantado el ánimo para venir en minifalda. Cuando entra John por esa puerta... sólo soy capaz de sonreír como una idiota, y todavía no me ha visto en minifalda.

A mi edad y me comporto como una quinceañera... Si me vieran las del grupo de divorciadas... Pensarían que he perdido la cabeza. Además ellas son las que dicen esas frases que debo tatuarme, las de “en la olla no metas la polla”, etc.

Tendrían razón todas ella, tengo que recapacitar. Tengo una edad... No puedo seguir con estas tonterías de miraditas que, encima, ni siquiera notan.

—Parece que no soy el único —dice él y yo lo miro boquiabierta por encima de las gafas.

El productor coreano ha salido de la sala de grabación y entiendo que se refiere al terreno profesional. Le sonrío y me encojo de hombros.

—Somos un estudio profesional, aquí se han grabado discos muy importantes —reconozco ladeando la cabeza hacia la pared donde están expuestos algunos de ellos.

—El pop coreano está pegando fuerte, supongo.

—Claro, ahora está muy de moda... —y me regaño a mí misma por no tener tema de conversación. Será mejor que me levante y enseñe las piernas a ver si se nota la sesión de ultrasonidos que me hice ayer...

Él no hace otra cosa que mirarme de una forma extraña desde que ha entrado, creo que no ha sido buena idea venir así vestida. Como decía antes, tengo una edad.

De pronto mi hijo, el mayor, me envía un mensaje al móvil preguntando cuándo llegará el videojuego que pedí por internet, o si ha llegado ya, porque era de envío rápido...

—Disculpa —digo con una sonrisa al ojos-verdes y contesto rápidamente al pesado de mi hijo, que no para de enviar mensajes repetitivos con la palabra “¿cuándo?” y el teléfono no deja de sonar.

Harta de decirle que no lo sé decido llamarle levantándome y saliendo a la

calle para que no me oiga el guaperas hablar como una desquiciada.

—Alain, te he dicho que no ha llegado el pedido todavía, cuando llegue te aviso —grito colgándole después y jurando—. Yo a este lo mato.

Cuando regreso al estudio John me mira de una forma extraña, creo que me ha oído.

—Hay gente que no entiende que hay que tener paciencia —me excuso por no decir que tengo hijos pesados.

—¿Retraso con algún pedido? —pregunta él mientras sigue mirando su móvil chateando con los del grupo que aún no han llegado, aunque habían quedado hace quince minutos para empezar la grabación.

—Sí, hoy se retrasa todo, al parecer.

—Hay que tener paciencia, lo bueno se hace esperar.

No sé si está coqueteando o no, pero por probar...

—A veces, las mejores cosas, se pueden tener en el momento... —sugiero sonriendo y sorprendiéndome a mí misma.

Me estoy cagando en todo cuando el grupo aparece por la puerta, para una vez que me envalentono... Tenían que llegar en este momento. Me relajo al ver billetes en sus caras, no es que los lleven puestos, pero eso significan para mí, y en mi mente los veo así, como si llevaran el símbolo del euro en sus rostros... Creo que Gerard pensará lo mismo.

Suena de nuevo mi móvil, ahora es Philip llamándome.

—Philip, no me llames cuando estoy trabajando —susurro tapándome la boca con la mano para que los que acaban de entrar no piensen que estoy loca.

Philip está vivo, ella ha hablado por teléfono con él, tengo que ir a su casa, puede que haya alguna prueba allí o incluso puede que esté allí, por eso compra tanta comida, si la estamos vigilando y vive sola. No tiene sentido, se pasa el día en el supermercado cuando sale de aquí. Tengo que encontrar la oportunidad de meterme en su casa. Creo que se ha insinuado antes y voy a tener que utilizar eso para poder entrar. Porque si envió un equipo para registrar la casa y tiene alguna forma de detección o la están vigilando, adiós misión.

Están cantando y tocando los miembros del grupo y Gerard está ocupado controlando cada micrófono con la mesa mientras yo salgo de la cabina para tantear a Geneviève y largarme a la embajada para comprobar los datos del coreano.

—Luego os cuento, en audios de cinco minutos —dice ella a su móvil cuando me ve salir de la cabina sentada frente a su mesa.

A veces hace como si trabajara, pero se pasa la mañana mirando su móvil. Ya me he dado cuenta de eso. Se levanta en cuanto me ve y rodea su mesa con una sonrisa.

—¿Necesitan algo ahí dentro?

—Será mejor dejarles terminar, Gerard sabe lo que hace —digo con una sonrisa.

—Claro, él es el especialista —dice con una risilla nerviosa.

¿Será parte de la tapadera? ¿Reírse así?

Me despido y me dirijo hacia la base que hemos establecido en un piso franco, porque si esos coreanos me están siguiendo destaparía mi perfil.

James tiene cara de pocos amigos y lo último que quiero hoy es aguantar su mal humor.

—Hay un tipo vigilando la casa de esa mujer y no es de los nuestros —me informa—. Hay que entrar allí y llenar cada habitación de micrófonos. ¿Has averiguado algo?

—Philip está vivo.

—Hay que averiguar ya si está de nuestro lado o del de la organización.

Chloè me entrega una carpeta con la información del coreano que ha salido del estudio de grabación cuando he llegado por la mañana.

—Buscado por la Interpol... está relacionado con la compraventa y tráfico de todo tipo de materiales, ninguno para hacer nada bueno —digo mientras leo el informe.

—Es un contacto, una pieza que usa el gobierno de Corea para los trabajos sucios en Europa —afirma Chloè.

—¿Lo tenemos localizado?

—No, pero cuando vuelva al estudio de grabación lo seguiremos por satélite —asegura George mirando la pantalla del ordenador central.

—Al final la tecnología nos dejará sin trabajo —me quejo.

—No olvides que tienes que entrar en su casa. Y los que están vigilándola no pueden sospechar... —dice James.

Terminamos de grabar con el grupo de John, y Gerard, no contento con eso, decide seguir trabajando. Se aprovecha de que no tengo a los niños para que le lleve al hotel donde se aloja ese grupo de pop coreano.

—¿No podían haber enviado los archivos de audio por la nube?

—Dicen que así los vemos tocar allí algún tema. Mientras paguen bien...

Yo asiento e intento seguir el gps que nos llevará a la ubicación que nos han enviado sin prestar demasiada atención a Gerard que está revisando en su

portátil lo que han grabado esta mañana.

Tengo un coche pegado al culo desde hace dos semáforos que me está poniendo nerviosa. No sé por qué tiene que ir tan cerca. En estos casos lo mejor es dar un frenazo a ver si se atreve a que nos choquemos...

—¿Qué ha pasado? —pregunta Gerard subiendo sus gafas por el medio y mirándome a mí y hacia los lados.

—Nada grave, no me gusta que se peguen tanto —explico dando un acelerón.

—Cualquier día nos matas.

Entrecierro los ojos mirando por el retrovisor al otro coche, que parece que nos está siguiendo.

—Creo que se ha picado.

—Sólo quiero ir al hotel a escuchar a los coreanos —me ruega—. Límitate a llevarme vivo hasta allí, luego si quieres participas en una de esas carreras ilegales que se ven en las películas...

—Es que no me deja tranquila —me defiendo.

—Pues cambia de carril y olvídale.

—De acuerdo —afirmo concentrándome en la carretera, poniendo todos mis sentidos alerta.

Veo a Gerard negar con la cabeza y yo le sonrío cuando me muevo dos carriles a la izquierda.

—Hecho —digo satisfecha.

—Esto no es normal.

—La verdad que últimamente noto mucha agresividad en el tráfico, me persiguen los coches, se pican...

—Será casualidad. A esta hora la gente vuelve a su casa de trabajar, mucho estrés, ansiedad.

Hay demasiadas casualidades en los últimos días. Primero veo al ojos verdes en el centro comercial, luego en el supermercado y luego trabajamos con él. Y respecto al tráfico, la gente está loca... Al menos el tipo que me seguía ya no está. Pero al cambiar de calle el gps se ha vuelto loco y ya no sé hacia dónde voy, menos mal que Gerard se ha vuelto a centrar en su ordenador y no se da cuenta de que estoy conduciendo sin ningún destino. Creo que había que ir hacia la dirección que he tomado, bueno hacia el norte, pero no sé mucho más. Y no quiero preocuparle, por lo que cuando el gps recalcule lo seguiré, hasta entonces voy por mi carril un poco más despacio. Así de paso se tranquiliza mi jefe.

Lo voy mirando de reojo cada cierto tiempo para comprobar que no se da cuenta de que nos hemos perdido... No sé qué le pasa al gps, es rarísimo, pero no funciona. Puede que esta zona de la ciudad tenga demasiadas antenas, pienso mirando hacia los tejados de los edificios a través de la luna del parabrisas. Pero rápidamente vuelvo a agachar la cabeza por si Gerard sospecha que no vamos a ninguna parte.

El teléfono de Gerard suena y yo sólo ruego por que se entretenga con eso y el puñetero gps al fin termine de recalcular el camino.

—Mañana, ok —dice Gerard después de estar asintiendo unos cinco minutos con la cabeza, como si el que está al otro lado del teléfono le viera.

—Se ha anulado, han tenido un problema y dicen que mañana a la misma hora pero en otro lugar. Ya nos mandan la ubicación cuando la sepan.

Yo respiro aliviada y decido buscar algún cartel que mande a la autovía.

—Pues menos mal, porque llevábamos quince minutos perdidos.

La cara de Gerard no tiene desperdicio cuando le confieso que íbamos dando vueltas sin mucho sentido.

Mientras paseo al perro a ver si se cansa y deja de romper cada zapatilla que encuentra por casa, que no son pocas, porque entre los pares sueltos que quedaron vivos de las que ya ha roto y las que se dejan los niños repartidas por todas partes... Veo a un tipo metido en un coche en la acera de enfrente mirando su móvil y ahora recuerdo que ayer también lo vi, o era otro parecido. Últimamente pasan cosas muy raras a mi alrededor. ¿Puede que tener dos hijos me haya trastornado tando?

Doy otra vuelta a la manzana, ya por curiosidad, para hacer tiempo y ver si sigue allí ese hombre y de paso a ver si al fin caga el perro. Y efectivamente está ahí. Sigue mirando su móvil, sentado en el interior de ese coche. ¿Será casualidad? ¿Tendré manía persecutoria o como se diga? Admitiré que es casualidad porque si no, no duermo.

—¿John? —pregunto, aunque no hace falta respuesta, está claro que es él.

—¿Qué casualidad! —dice él leyendo mi mente, y tanto que es casualidad pero es que ya hay demasiadas en mi vida.

—Desde luego... ¿Qué haces en este barrio?

—Visitaba a un amigo que vive cerca.

Estamos en la puerta de mi casa y no sé si decirle si quiere entrar o no. Es un poco raro todo esto. Y justo cuando estoy pensándolo me acribillan a mensajes en el móvil.

—Disculpa.

Aparto la vista de él con dificultad, ya que bajo la luz de la farola que hay a un metro está más sexi que a la luz del día. Cuando veo la cantidad de mensajes del grupo de divorciadas diciendo que tienen que hacer dieta, que si es retención de líquidos o que si es retención de tabletas de chocolate... intento ocultar el móvil para que no vea esa cantidad de tonterías. Le sonrío después de apagar el móvil y él también lo hace. ¿Está coqueteando?

—¿Te gustaría... quieres pasar a tomar un café? —pregunto un poco por ser amable, un poco porque está bueno.

—Claro —dice tan alegremente.

Si pudiera hacerle una foto para enviársela a las otras... Es complicado sin que se de cuenta.

Le digo que espere en el salón mientras preparo el café, yo a esta hora mejor me hago una tila, que lo que me falta es tener los nervios más de punta...

A veces tengo suerte, tengo que reconocerlo, pero he conseguido entrar en su casa de una forma tan fácil que me sorprende hasta a mí mismo. Pero ya que estoy aquí aprovecharé para registrar la casa. Lo único que tengo que hacer es esperar a que Geneviève se duerma. Y para que duerma y no sospeche... nada mejor que el sexo.

Y cuando viene con el café recibo un mensaje de James, uno de los coreanos que estaban en el hotel tiene información importante y no puede esperar. Supongo que Geneviève podrá esperar, aunque estaba tan cerca de registrar su casa...

—Espero que sea importante, porque lo mío también lo es.

—Tú ven —se limita a decir James.

Geneviève llega al salón con un café y... ¿una infusión?

—Me acaba de llamar mi jefe, tengo que irme. Pero dejamos el café para otra ocasión —le pido acercándome a ella y dándole un beso en la mejilla para despedirme—. Lo siento, es que tiene mal carácter.

—¿A estas horas?

—Es un poco neurótico, cuando se le ocurre una idea... ya sabes cómo son los productores y los músicos...

—Claro —dice encogiéndose de hombros.

No sé por qué lo hago, pero cuando le doy el beso en la mejilla me parece que huele tan bien, que rozo también sus labios. Su piel es tan suave... La miro a los ojos un momento y no sé que ha pasado, pero ojalá pudiera quedarme y seguir acariciando su piel.

Espero que sea tan importante la información del coreano como sugiere James...

Capítulo 4.

Gerard y yo volvemos de nuevo a la carga, hoy no usamos el gps porque ayer no hubo manera y porque por alguna razón sigue sin funcionar hoy, así que Gerard está guiándome con un mapa abierto que ocupa todo el salpicadero, vamos, a la antigua, como se hacía antes.

—¿Dónde se supone que tenemos que ir? —pregunto mirándole de reojo.

—Es una nave industrial.

—¿Han montado ahí el estudio?

—Debe ser. Lo habrán hecho para ahorrarse un dinero, porque está muy apartado.

—¿No te habrás equivocado?

A medida que nos adentramos en el polígono industrial a las afueras nos damos cuenta de que ahí sólo va la gente de la ciudad a comprar droga o a hacer algo sospechoso.

—No, es la dirección que pone en el mensaje.

—Les habrá salido barato —confirmo mirando asustada a mi alrededor.

—Más que ese hotel en el centro.

—Viendo el percal, tendrían que pagarnos para montar aquí algo...

—Recuérdame cuánto nos iban a pagar los coreanos.

—Como para pagar la ortodoncia de tus hijos.

La mención de la ortodoncia me da ánimos para seguir por entre las naves industriales destartaladas y el paisaje postapocalíptico tipo zombies, bueno no son zombies, pero algunos de los que se ven por la zona caminando lentamente, lo parecen.

—Tengo miedo —reconozco cuando me indica con las manos que pare junto a la nave donde se supone están practicando los coreanos.

—No se oye nada —dice él.

—A lo mejor no han llegado.

Llamamos a la puerta y nadie viene a abrir, pero está abierta. Compruebo que es la hora indicada en mi móvil.

Entramos al interior de la nave y está desértica, es todo muy raro. Ni un instrumento, nada. Ningún rastro de que haya pasado por aquí un ser humano

en años.

—A lo mejor llegan más tarde...

—¿Oyes eso?

Frunzo el ceño y veo correr hacia nosotros desde el fondo de la nave a dos hombres vestidos completamente de negro y armados.

—Vámonos de aquí —logro decir.

Gerard y yo salimos corriendo por donde habíamos entrado y subimos al coche antes de que otros dos tipos, también armados, se acerquen a nosotros por el otro lado de la calle.

—¡Dios santo! ¿Pero qué está pasando? —exclamo metiendo primera y derrapando al acelerar, dándoles todo el polvo y la tierra en la cara a los dos tipos que nos perseguían.

—¡Sácanos de aquí! ¡Por tu vida!

Ya voy a más de cien km por hora en este polígono destartado, y aún creo que puedo correr más. Sé que ellos van andando y no nos siguen, así que no hay motivo para seguir a esta velocidad, ni tampoco a más, pero del susto ya voy a ciento cuarenta, creo, porque es que ya ni lo miro, el cuentakilómetros, quiero decir.

En realidad no sé ni lo que está pasando ni sé dónde mirar, pero cuando mi vista va al retrovisor aparece un coche negro detrás, que no sé de dónde ha salido, pero me está siguiendo a la misma velocidad que voy yo.

—Gerard, tengo que confesarte algo... No me gusta el pop coreano.

—A mí tampoco. Debí hacer caso a mi mentor, cuando decía que nunca hiciera algo que no me gusta. Tenía buenos consejos.

—¿Alguno para los que nos están siguiendo?

Él se gira y se queda boquiabierto.

—Gira a la izquierda, ¡ahora! —me grita mirando el mapa que ha vuelto a coger.

—¡Ay madre! Nos matamos.

Voy demasiado deprisa para girar, pero hago caso a Gerard y nos metemos volviendo a derrapar en la calle más ancha que lleva a la autovía de nuevo. Acelero y entro en pocos segundos en la bendita autovía apartando a los otros coches con movimientos bastante elegantes, tanto como pasar cuatro carriles del tirón.

Voy por el de la izquierda, el último, a más velocidad de la permitida, pero al menos ya podemos respirar con normalidad.

—Odio el pop coreano.

—Ahora nos sigue la policía —advierde Gerard y yo me quedo boquiabierta, no entiendo cómo no los he visto.

Cuando los veo por el retrovisor entiendo el por qué, no es un coche de policía normal, se ha puesto la sirena a traición cuando me ha visto entrar así al carril.

—Ahora encima nos pondrán una multa... Lo que nos faltaba.

Voy reduciendo la velocidad y volviendo hacia la derecha mientras el coche de policía secreta me sigue aún con la sirena. ¡Qué vergüenza! Podrían apagar eso, ya saben todos los conductores que he sido mala, no hace falta restregarlo.

Paro en el arcén y ellos detrás... Lo positivo es que puedo relajarme mientras espero dejando caer la cabeza en el volante. Los golpecitos en la ventanilla me avisan de que ya están aquí.

—Bajen del vehículo.

Miro a Gerard y suspiro entredientes.

—Tampoco es para tanto, señor agente, sólo íbamos un poco deprisa —se defiende Gerard.

—Bajen ya del vehículo —repite añadiendo el “ya” y un tono de voz más grave.

—De joven siempre quise que me parara la policía y me registrara, pero en mi imaginación era muy distinto a esto —me quejo abriendo la puerta.

Más coches de la secreta aparecen tras el que nos ha parado y de pronto estamos rodeados de agentes. Gerard y yo estamos perplejos, atónitos, anodados mientras nos esposan.

—Oiga señor agente, no creo que sea para tanto —repito las palabras de Gerard.

El señor agente no me hace ni caso y me empuja levemente hacia una furgoneta también secreta. ¡Cuánto agente secreto! No sabía que la ciudad estaba tan bien protegida. En esto emplean mis impuestos.

—Debo añadir que si la velocidad era algo excesiva es porque nos estaban persiguiendo unos locos antes de entrar, en el polígono... —es lo último que me dejan decir porque me cierran la puerta de la furgoneta en las narices cuando ya estoy dentro.

—¿Te puedes creer lo que está pasando? Les voy a poner una reclamación en cuanto lleguemos a comisaría.

—Será una denuncia.

—Las dos cosas. Vaya trato que nos han dado. Ni que fuéramos

narcotraficantes.

—Yo tengo que volver al estudio, esta tarde vendrá un guitarrista a grabar.

—Y yo tengo que recoger a Philip y Alain. Por cierto, mi coche se ha quedado ahí en medio. Seguro que lo llevan al depósito y aún me cobran por sacarlo...

—Sacan de todas partes. Entre Hacienda y la policía, al final me toca cerrar el estudio para pagarles a todos.

—Es una vergüenza lo que pasa en este país.

Y seguimos quejándonos de los impuestos, la política y el gobierno, ya que estamos, hasta que se detiene la furgoneta y alguien abre la puerta.

—¿Dónde está mi coche? —exijo saber cuando veo a uno de esos agentes asomarse tras la ceguera inicial por haber estado a oscuras en el interior de la furgoneta.

—Salgan.

—Aquí todos ordenáis y nadie responde nada. Exijo hablar con su superior —y justo al decirlo me ponen una bolsa negra en la cabeza.

Llevamos dos horas dentro de una sala o habitación o cárcel, no sabemos porque llevamos aún la bolsa en la cabeza, y la única ventaja es:

—Gerard, el otro día dijeron en las noticias que un hombre entró en una cárcel turca con 140 kilos y a los tres meses pesaba 50.

—No estamos en Turquía... Espero.

—No estamos en Turquía —se repite en la sala la frase de Gerard.

—¿Eso es el eco? —pregunto moviendo la cabeza para buscar el sonido.

—Geneviève... No digas tonterías. Es John.

—¿John?

Oímos unos pasos, hay varias personas aquí dentro. Alguien se acerca y me quita la bolsa de la cabeza.

—¿Qué está pasando? —pregunto viendo cómo se llevan a Gerard sin quitarle la bolsa—. ¿A dónde se lo llevan?

El hombre que me ha quitado la bolsa me sujeta de los brazos y no me deja mover nada para ayudar a Gerard.

—Tranquila.

Veo a John entrar mientras los otros agentes me dejan a solas con él. Todavía llevo las esposas atándome las manos a la espalda.

—¿John? ¿Dónde habéis llevado a Gerard?

—Está bien, no te preocupes por él.

—No entiendo nada, ¿eres policía? ¿Por qué nos retenéis aquí tantas

horas?

—Sabes muy bien en lo que os habéis metido. Por otra parte sólo han sido veinte minutos.

No sé de qué me habla este hombre. ¿Será por lo de la nave industrial? ¿Gerard se habrá metido en algún negocio extra y me ha arrastrado con él?

—John, o quién seas, no sé qué está pasando hoy, pero yo no tengo nada que ver.

—Yo creo que sí. Al fin y al cabo eres el cerebro de esta operación.

Capítulo 5.

Por más que le he explicado a John que habíamos quedado con un grupo de pop coreano esta mañana, parece que no lo entiende. Yo no sé qué les pasa a los hombres.

—Era un grupo de pop, es que no sé hablar coreano, ¿cómo quieres que me acuerde del nombre? Gerard lo sabrá.

—Así que Gerard era el contacto...

—Si te refieres a que contactó él, pues creo que sí, llamaron pidiendo una cita, creo que fueron ellos los que contactaron en realidad. Iban a pagar muy bien, no sé más.

John está escribiendo todo en una libreta. No sé por qué lo hace, si están grabándonos de todas las formas posibles... O está anticuado o no le gusta la tecnología.

—Así que fueron los coreanos los que llamaron a Gerard.

—Sí, a ver, no sé qué tiene eso de malo. Estamos anunciados en internet.

—¿La dark web?

—Puede ser, hemos puesto tantos anuncios, hasta en compraventa de vehículos o cosas de segunda mano, con tal de que nos vean, y sobre todo en páginas que sean gratuitas.

John me mira frunciendo el ceño. No sé qué he dicho mal pero cambia de tema.

—¿Dónde está Philip?

—Pues mira, ya que lo mencionas tengo que ir a recogerlo, ¿qué hora es?
—pregunto preocupada.

—¿No está en tu casa?

—No, tengo que recogerlo yo, ¿cómo va a estar en mi casa? ¿Qué hora es?

—Son las tres.

—Pues espero que no haya tráfico, porque entonces no llegamos a tiempo.

Me cruzaría de brazos y lo miraría con desaprobación pero tengo todavía las manos esposadas a la espalda... Así que me limitaré a mirarlo con desaprobación.

—Voy contigo a recogerlo. Iremos los dos solos en tu coche, conduces tú,

pero no des saltos de alegría, que te estamos vigilando por satélite. ¿A qué hora tienes que recogerlo?

—A las 16:30. ¿Está mi coche aquí?

—Espero que ya lo hayan registrado.

El pobre hombre que lo haya registrado... se habrá encontrado con una colección de pañuelos con mocos acumulados en la parte trasera desde el paleolítico. De pronto me da la risa de pensar en la persona encargada de analizar el ADN o lo que sea que haya ahí.

—Parece que te hace gracia...

Mientras siguen interrogando a Gerard, yo voy en el coche de Geneviève cruzando medio París. Geneviève me va explicando cosas históricas de la ciudad, hemos pasado por todos los monumentos, arcos, torres y catedrales que se le ha ocurrido, no sé si lo hace aposta o es que está nerviosa, pero no me interesa nada lo que dice.

—Preferiría que me hablaras de los ultrasonidos.

—¿Cómo sabes lo de los ultrasonidos? —pregunta tapándose los muslos con el borde de la falda. Y mis ojos van directamente ahí.

Veo sus dedos largos estirar la tela por el interior de sus muslos y de pronto ya no sé de qué estábamos hablando. Creo que James tiene razón, estoy perdiendo facultades. O tal vez con tanto trabajo... hace demasiado tiempo que no estoy con una mujer...

—Lo sabemos todo.

—¿Lo de la cavitación también? —me pregunta ahora mirándome de reojo.

—Eso no. ¿Qué es?

—Pues mira, si tan listos sois averiguadlo vosotros —dice en un tono infantil.

Desde que llevo en esta profesión, bastantes años ya, nunca he conocido a una espía tan rara. Creo que nos ha estado tomando el pelo todo el rato. Es que es de locos esta conversación.

—Esto es de locos. Yo no sé qué te pasa por la cabeza. Si no hablas tú lo hará Gerard, además ya sabes cómo funciona esto, conseguiremos que habléis tarde o temprano...

—Lo que es de locos es que nos hayáis detenido tantas horas sin explicarnos qué pasa.

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa a ti?

—A mí nada —niega girando la cabeza hacia la carretera otra vez tras echarme una mirada asesina.

Y ahora se queda callada durante un buen rato aunque yo le he preguntado varias veces y sabe lo que ocurrirá si no habla.

—No te esfuerces, no pienso hablar más hasta que sepa quién eres, por qué nos has detenido, por qué has estado en el estudio y qué está pasando con esos coreanos.

Las preguntas que acaba de plantear no tienen sentido entre sí, entiendo que quiera saber quiénes somos, a qué agencia pertenecemos, pero ella ya sabe por qué la hemos retenido y por qué les vigilamos desde hace unos días.

Mientras estoy tratando de analizar lo que dice da un volantazo y aparca en la calle de enfrente al sentido en el que íbamos.

—¿Qué diablos haces?

—Aparcar aquí es imposible, normalmente paro en doble fila y pongo los intermitentes —se defiende—. Para una vez que encuentro sitio... Aunque si eres policía podrías usar tus contactos para poder dejar el coche en cualquier lado. No lo he pensado —reconoce encogiéndose de hombros.

—¿Está aquí Philip? —pregunto obviando lo que acaba de decir del aparcamiento, porque creo que todas esas tonterías son para despistarme.

—Claro, ¿dónde va a estar? ¿En los recreativos? Más le vale estar aquí. Y Alain también.

Se baja del coche dando un portazo y estoy tan confundido como no lo he estado en mi vida. De pronto sale corriendo y empieza a gritar saludando con la mano derecha en alto.

—Philip, estoy aquí. ¡Ven ahora mismo! Y dile a Alain que deje de hablar tanto con las chicas y se meta en el coche inmediatamente.

No veo más que algunos adolescentes y algún niño cerca del colegio que hay más adelante. No veo a Philip ni a nadie más. Al fondo veo un hombre y pienso que está hablando con él, pero de pronto se agacha ligeramente ante un niño. Coge su mochila y la de un adolescente que llega corriendo.

No entiendo qué hace esta mujer, ha perdido la cabeza o es más inteligente de lo que pensábamos todos.

—Ha venido este policía con nosotros, ya os explicaré. Aunque no sé qué explicar, porque no me ha dicho qué está pasando —les dice mientras abre el maletero para meter las mochilas en el coche.

—¿Quiénes son estos?

—¡Philip! Como vuelvas a limpiarte las manos en la ropa no ves un video en ese móvil en lo que te queda de vida.

De pronto todo me parece tan absurdo... Mi mente trabaja rápido y voy

enlazando todo lo que ha ocurrido desde que la conocí en el centro comercial...

No teníamos pruebas de que fuera ella el contacto. Todo parecía encajar. Las persecuciones en coche, cómo despistaba a los agentes... Voy pensando en todo ello mientras vamos en el coche hacia su casa y de pronto da otro de esos volantazos y se mete en uno de esos supermercados que llenan todo el país.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—No sé —reconoce cabizbaja—. Era por comprar algo para la cena...

—Mamá, yo quiero ir a casa ya, he quedado para jugar online.

Geneviève lo piensa mejor y decide volver a la carretera.

—La verdad es que tengo comida, es igual. Será mejor volver a casa y relajarnos... Que vaya día llevo. Primero los coreanos y luego la policía.

Vuelvo a mis pensamientos intentando atar todos los cabos. No aparecieron los coreanos hasta que yo empecé a seguirla. Tal vez ellos también perdieron el contacto con la organización y fui yo el que les llevó a ella. Pero ahora ella está también en peligro. Además, Philip sigue desaparecido, al igual que la verdadera intermediaria entre los de la organización y los coreanos para la venta de las armas de ultrasonidos.

—¿Qué es la cavitación? —pregunto de repente mientras ella conduce más tranquila.

—Bueno, son cosas de mujeres, no quieras saber tanto.

Pongo los ojos en blanco y busco en mi móvil a ver qué dice la herramienta más sencilla de internet.

—¿Un tratamiento para la celulitis?

—¿Qué pensabas que era?

—Un arma.

Ella se ríe y sus hijos también lo hacen después, bueno, sólo el pequeño, el otro está abstraído con sus auriculares, como en trance.

—Si se puede considerar un arma de mujer —dice sin dejar de reír.

—Mamá, ¿de dónde has sacado a éste? ¿De una de esas páginas de citas?

—No lo sé, hijo, no sé de dónde ha salido, pero ya ves cómo está el país, en esto gastan mis impuestos...

—Reconozco que me he equivocado contigo y con Gerard, pero una cosa es segura: estáis en peligro, no podemos ir a tu casa.

—¿Cómo?

—Al menos no aún, no con tus hijos. Podéis correr peligro. Los coreanos os están buscando. Tengo una teoría sobre lo que ha pasado.

—¿La puedes compartir con nosotros?

—De momento tendremos que escondernos en el piso franco, luego ya veremos... Cuanto menos sepáis mejor.

Ella no me hace caso y se mete en la calle donde está su casa. Yo intento que no pare moviendo el volante.

—Ni se te ocurra parar —le advierto.

Ella intenta que no le agarre el volante, pero cuando estamos a punto de chocar con un coche que hay parado al lado de su casa da un grito.

—Coreanos —dice antes de acelerar.

—¿Dónde?

—Estaban ahí dentro, en ese coche, estaban agachados dentro —dice nerviosa.

—Mamá, he quedado para jugar online —dice el mayor.

—¡Hoy no se juega! —grita y ya ninguno dice nada más.

—¿Dónde vamos? —pregunta al cabo de un rato cogiendo el móvil y abriendo el gps.

—No creo que funcione eso. Hay interferencias...

—¡Erais vosotros! Ahora lo entiendo todo...

Y yo también, ahora entiendo que la he cagado. Y que he perdido facultades. Me da hasta vergüenza ir al piso franco y encontrarme con James...

—Sigue recto. Sigue a ese coche, el rojo —señalo con el dedo al que hay delante, pero gira hacia la izquierda en la rotonda y tengo que rectificar—. No lo sigas, sal por la segunda salida.

Ella refunfuña algo, es lo que me faltaba hoy...

Yo no sé si este hombre entró en el “cuerpo” o lo que sea esto porque tiene la habilidad de seducir a cualquier mujer con esas sonrisas que lanza y esos ojos que tiene o porque nadie sospecharía de alguien así, pero es que cuando entramos en el “piso franco” confirmo mis sospechas, lo contrataron por ser guapo.

—¿Por qué la has traído aquí? —pregunta un hombre de pelo blanco y rubio mezclado, que me mira como si hubiera visto a un fantasma. Pues cuando vea mis hijos va a flipar...

Y pensando en ellos aparecen detrás de mí empujándome.

—Será mejor que te lo explique en otro lugar —dice John, o como se llame realmente, empujando a su vez al viejo.

—Por ellos no os preocupéis, seguramente no se acuerden de nada de lo que digáis hoy. Si se acordaran de algo sacarían mejores notas...

—¡Mamá! —dice Philip.

John agarra al hombre, que parece ser su jefe, y lo lleva hasta una habitación mientras el pobre hombre intenta ajustar sus gafas sulfuradas. Se nota que está bastante enfadado por cómo lo mira.

Hay dos chicas y un chico más jóvenes que John y el que se ha ido con él, mirándonos como si fuéramos tres seres mitológicos.

Una de las chicas, con gafas y pelo corto, morena y de ojos verdes, nos sonrío incómoda.

—Encantada, me llamo Chloè.

—Un placer —digo con una inclinación de cabeza.

En ese momento salen John y ese otro hombre de la habitación en la que se habían metido y se acercan a nosotros.

—Estáis metidos en un buen lío —dice el que parece el jefe.

—Lo sé. ¿Y de quién es la culpa? —pregunto cruzándome de brazos y alzando la cabeza.

—Menos mal que esta vez no la he liado yo —se alegra Philip.

—Ni yo —dice Alain.

A veces creo que se me olvida cambiar el tono de voz cuando hablo con adultos, sobre todo con los adultos del género masculino, y sigo hablando como si tratara con niños...

—¿Dónde está Gerard?

—Sigue en la sala de interrogatorios —dice Chloè.

—Pues que alguien llame y le explique lo que está pasando. Pobre hombre... con el estrés que tiene ya. ¿Y cómo vamos a salir de esta? ¿Van a detener a esos coreanos para que podamos volver a casa? Además, creo que los que había en la nave industrial no eran coreanos, eran demasiado grandes, y el que gritaba parecía que hablaba ruso o algo así.

—No son rusos, son búlgaros.

—¿Éste es el jefe? Porque no sé, vaya descontrol que lleváis.

—Lo único de lo que me alegro es de no haber hecho nada malo esta vez —añade Philip cruzándose de brazos.

—Soy el jefe, sí, me llamo James, y no hay ningún descontrol —dice caminando lentamente hasta mí, hasta ponerse a pocos centímetros de mi nariz.

—Pues tienes esto muy desorganizado —comienzo a reírle y uno de mis hijos empieza a reír. Creo que es Philip, que cuando riño a alguien se pone nervioso y se ríe, pero no le hago caso y sigo con lo que le estaba diciendo al tal James—. Tu equipo no ha sabido ver que Philip y Alain son mis hijos y que

no conozco a ningún espía llamado Philip, habéis estado persiguiéndome por ir al supermercado, me habéis puesto quién sabe qué cosas y aparatos de seguimiento en el coche y no me funcionaba el gps. ¿Qué tienes que decir a eso?

Oigo a John toser incómodo, pero James no le hace ni caso, al igual que yo con mi hijo.

—Nadie en su sano juicio conduce de esa forma, va hablando de ultrasonidos a escondidas como si fuera algo que ocultar y se cita con unos coreanos en una nave en un polígono industrial donde todo el mundo sabe que sólo se hacen negocios sucios.

—Vosotros sois los espías, no yo. Averiguad antes de meter a la gente en un follón así. ¿Es que nadie sabía que tengo dos hijos?

—Estaba en el perfil, pero como nunca los vimos hasta ahora, pensábamos que habías introducido esos datos pirateando el sistema —nos interrumpe Chloè encogiéndose de hombros.

—Esta semana estaban con su padre —le explico girando levemente la cabeza en un tono mucho más amable que el que estaba usando con James, del que no me he apartado ni un milímetro.

—Pobre hombre —dice James y yo le echo una mirada de odio antes de preparar mi respuesta.

—Al menos hay un pobre hombre, porque estoy segura de que no hay una pobre mujer por tu parte —digo satisfecha de mi respuesta y con una amplia sonrisa.

Él va a decir algo cuando abre la boca y me clava sus ojos azules, pero John vuelve a toser de nuevo.

—Ningún agente tiene esposa ni pareja ni nada que se le parezca, por seguridad —explica John.

—¿Es un requisito? ¿Como los curas?

James empieza a reír y me da un poco de rabia, pero por alguna razón yo también lo hago, debe ser la tensión.

Capítulo 6.

Un chico más joven que me han presentado como George me empieza a hacer preguntas, al igual que Chloè, sobre los rusos o búlgaros o lo que sean, sobre el coreano que vino al estudio y otras cosas más que no son en absoluto relevantes a mi parecer. Ellos van comprobando perfiles de tipos en la pantalla gigante para ver si alguno me suena de algo.

—A estas horas de la noche yo ya no funciono igual. Ya no puedo ayudaros más, os lo he dicho todo. Al menos lo que recuerdo. ¿Cuándo nos podemos ir a casa?

John, que no se llama así, sino Eduard, y James, que están sentados en dos sillones pegados a una pared, parecen no darse cuenta de la gravedad de la situación, porque están hablando entre ellos como si no estuviéramos el resto.

Mis dos hijos están acostados en una habitación que les han dejado con una cama grande. Menos mal que no andan por aquí mareando, porque si no estaría ya desquiciada y no habría podido responder ni a una sola pregunta.

Me giro hacia esos dos que están en los sillones y pregunto:

—¿Cuándo nos podemos ir a casa?

James me mira y se quita las gafas.

—Cuando hayamos detenido a todos los que te persiguen.

Me vuelvo de nuevo hacia George y Chloè y ellos confirman lo que dice su jefe asintiendo con la cabeza.

—¿Cuándo será eso? Si puede saberse —pregunto ahora cruzándome de brazos para dar énfasis a mis palabras.

—Pueden pasar meses —responde James.

—¡¿Meses?! —exclamo boquiabierta.

—¿Qué crees Eduard?

—O más tiempo, es un tema delicado.

—No puedo estar aquí meses, no se ofendan... Además, creo que ni ustedes podrían aguantar con Philip y Alain por meses en este lugar...

—Ni con la madre —dice James en un tono de voz más bajo, pero todos le hemos oído.

—Ahora creo que es más una excusa... la norma de no tener pareja en esta

profesión.

James me mira entrecerrando los ojos y yo le dirijo una sonrisa falsa enseñando los dientes unos segundos.

—Hay una forma de detenerlos a todos antes —asegura James.

—Pues úsenla y así todos volvemos a nuestras vidas. ¿Cuál es el problema? —pregunto al ver los rostros preocupados de todos, que se miran unos a otros.

—La agente francesa con la que la confundimos ha desaparecido, la necesitamos para que ponga en contacto a todas las partes y se realice la venta, y sobre todo descubrir la base de la organización —explica James.

—¿No hay forma de encontrarla? Quiero decir a la otra que se me parece.

—Puede que esté muerta, pero no lo sabemos, ni tampoco quién lo hizo, también desapareció Philip, el agente de inteligencia francés.

—Comprendo... —me quedo pensando unos segundos—. Pero ha dicho que había una forma de detenerlos antes.

—Sería necesaria su colaboración —afirma James.

—¿La mía? —me estoy oliendo por dónde van los tiros y no me gusta un pelo...

—Hablemos en privado.

No sé si quiero hablar en privado con él, es un poco raro, pero por poco que me guste todo esto..., me temo que tengo que tragar si quiero volver a mi vida.

—Está bien —accedo cabizbaja y le sigo hasta una habitación al final de un pasillo.

Dos días después.

Pienso en Philip y Alain para infundirme valor, pero no sirve, me infunde ira, ira descontrolada al recordar cómo se reían de mí esta noche antes de salir. Luego pienso en Eduard y James, que me miraban de una forma muy extraña. Yo tampoco confío mucho en mí misma, pero no es para mirarme así. ¡Qué par de idiotas!

Entro en el restaurante junto a Gerard, que no tiene la capacidad de no desmayarse en cualquier momento, y nos sentamos en la mesa que nos indica el maitre.

—Yo creo que te gusta —dice él nada más entrar.

—¿Quién? —pregunto alarmada—. No me gusta nadie.

Para colmo llevamos micrófonos por todas partes, hasta el florero que hay en el centro de la mesa debe tener uno... Lo último que quisiera es hacer el

ridículo. Nos están escuchando todos en la base.

—Quién no, me refiero a esto, a estar en una misión. Quiero decir que se te ve animada, pero yo no sé lo que aguantaré.

—No sé si me gusta, sólo intento estar tranquila y pensar en positivo.

Tomamos asiento y un camarero se acerca y nos toma nota de lo que queremos para beber.

—¿Crees que aparecerán esos tipos?

—James dijo que esta cita fue la última información que envió el verdadero Philip.

—Espero que vengan y todo acabe aquí, los detengan y nos podamos ir a casa como si nada hubiera pasado.

—Y yo...

Cuando alzo la vista para agradecer al sumiller que nos ofrece el vino, veo a su espalda a un ruso, o de algún país del este. Intento guiñarle un ojo a Gerard pero parece demasiado concentrado en su copa de vino, dándole vueltas como un obseso, ni siquiera creo que sepa lo que está haciendo, eso debe llamarse “marear el vino”.

—Ger... Philip, detrás de ti.

—¿Philip?

Al fin se va el sumiller y pongo los ojos en blanco.

—No quería llamarte Gerard delante del sumiller.

Gerard emite una a larga y yo resoplo.

—El ruso se ha sentado a dos mesas detrás de ti.

—¿Está solo?

—Sí, pero la mesa es para cuatro. Puede que esté esperando a alguien. ¿Qué hago? ¿Me levanto y voy hacia él o espero a ver qué hace?

—No hagas nada aún, vamos a esperar, Geneviève —ruega Gerard.

—De acuerdo —consiento—. Pero podríamos acabar con esto rápido.

—Deberíamos calmarnos un poco —dice dando un trago largo de su copa de vino—. Yo no estoy hecho para esto —se queja hundiéndose en su silla.

—Vamos, James dijo que sólo teníamos que hacer esto y ya se acabaría todo —intento animarle.

El ruso me mira y no sé qué hacer, pero me limito a sonreír y hacer un gesto con la cabeza hacia un lado a modo de saludo.

—Me está saludando también —informo para que me oigan también en la sala de control.

Me levanto y voy hacia los baños para pasar junto a él. Y por mirarlo

choco contra un tipo que me mete mano. ¡Será imbécil! Estoy a punto de darle un sopapo de indignación cuando me doy cuenta de que entre nuestros cuerpos ha cogido mi mano y ha dejado algo. Agrando la vista y él me pide disculpas por haber chocado como si no acabara de pasar nada importante.

Voy al baño intentando no correr y mantenerme tranquila. Lo que tengo en la mano es un pendrive. Lo guardo en mi sujetador y ya que estoy en el baño aprovecho para hacer mis necesidades... Y mientras las estoy haciendo una voz familiar me saca de mi ensimismamiento.

—Geneviève, ¿eres tú?

—¿Claire?

—Te estuve esperando el otro día para hacernos los ultrasonidos, me dejaste tirada —se queja.

—Por los ultrasonidos es que no tengo vida...

—¿Qué?

—Nada. ¿Qué haces aquí?

—Cenar, he quedado con un tipo que he conocido por internet...

—¿Y qué tal? —pregunto al salir del aseo.

—Bueno, a falta de algo mejor..., digamos que mejor que estar en casa viendo series... ¿Y tú qué haces con Gerard? ¿Salís juntos?

—Es por trabajo, estamos esperando a un cliente.

—Suerte —dice ya en la puerta—. Luego nos lo contamos todo.

—Igualmente. Hablamos.

Ella se encoge de hombros y suspira resignada.

Marco un poco la distancia cuando salimos del baño porque no sé si será bueno para ella que nos relacionen.

—¿Por qué has tardado tanto? —me pregunta Gerard en cuanto me siento de nuevo a la mesa.

—Porque he visto a Claire en el baño.

—Casi me da un infarto cuando has chocado con el tipo aquel.

—¡Ah sí! El pendrive.

—¿Qué pendrive?

—Uno que me ha puesto en la mano.

Gerard está a punto de decir algo cuando veo a Claire sentada con el ruso. ¿Ese es la cita de internet? Todo esto me parece un poco raro.

—Vámonos antes de que nos maten —recomienda Gerard en voz baja.

—¿Te suena ese ruso de algo?

Finalmente Gerard se atreve a darse la vuelta y observar al tipo. Lo veo

frunciendo el ceño cuando se vuelve hacia mí de nuevo.

—No me gusta, parece uno de los tipos que nos perseguían en el polígono industrial.

—Joder, ya lo podías haber dicho antes. ¿Qué hacemos?

—Irnos.

—¿Y Claire?

—La coges por el camino y nos la subimos al coche.

—Pero se va a notar.

—Se nos nota todo, Geneviève.

Resoplo y decido que tiene razón, debemos irnos. Y a ver qué le digo a Claire para que venga también.

Gerard se levanta primero y parece dispuesto a irse sin importarle que yo estoy dudando aún, así que no me deja más opciones que levantarme también. Le sigo por entre las mesas y me dirijo hacia Claire, a la que le susurro que Philip está enfermo y que me ayude con él. Es lo único que se me ha ocurrido para que me siga sin más preguntas.

El ruso me mira fijamente y yo tiro del brazo de Claire.

—Vamos, no hay tiempo.

—Lo siento, es importante, te explico luego —le dice ella al ruso.

Lo que tardo en abrir el coche, entrar los tres y arrancarlo, pasa tan deprisa que ni lo recuerdo cuando ya estoy saliendo del centro.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué le ha pasado a Philip?

—Nada, es que teníamos que salir de allí cuanto antes.

—Que teníamos que salir, ¿por qué?

—Es una larga historia. Pero ese hombre no es quien dice ser —le explica Gerard.

—¿Cómo?

—Nos siguen —la interrumpo.

—¿Quién nos sigue? —pregunta mirando hacia atrás desde su asiento.

—Los rusos.

—Tenemos que esquivarlos y volver a la base —dice Gerard agarrándose a la puerta, sabiendo que la voy a liar.

Claire también se agarra a la puerta ante el gesto de mi jefe y empieza a preguntar cosas que ninguno de los dos responde.

—Esto es de locos —dice ella al final, resignada a que no le expliquemos nada e intentando mantenerse en el asiento de atrás a pesar de los giros que doy, que la llevan de un lado a otro.

—Claire, cálmate, sólo son un par de rusos. Daré un pequeño rodeo por seguridad.

—¡Un par dice! Y tú solita puedes con dos rusos...

Veo dos camiones haciendo unas maniobras en una calle en obras y calculo rápidamente que puedo meterme antes de que se crucen y corten el paso.

—Con dos rusos sí, con tres ya sería complicado —afirmo riendo.

—Geneviève, no cabemos por ahí —grita Gerard, pero cuando su voz llega a mis oídos yo ya he pasado.

—Si lo veo claro me meto. Y lo he visto claro —me defiendo ante su mirada acusadora por encima de sus gafas.

—Cuando intente salir del coche me van a tener que sacar los bomberos la agarradera de la puerta, porque creo que se me ha fusionado la mano a ella. Mira que dedos agarrotados —vuelve a quejarse Gerard.

Yo me limito a sonreír y echarle una mirada de niña buena, como si no acabara de pasar toda nuestra vida ante nuestros ojos.

—Ahora creen que vamos al norte, y nosotros volvemos al centro.

—Geneviève, a mí déjame en cualquier parada de taxis y ya vuelvo sola —ruega Claire con la voz temblorosa.

—No puedes ir a casa, nos están buscando esos rusos.

—No te olvides de los coreanos.

—No me olvido... Ni del pop coreano...

Capítulo 7.

James me mira de una forma que parece que me va a traspasar con los ojos. Tengo una sensación extraña y eso que ese hombre a mí no me impone el menor miedo, todo lo contrario, pienso que aquí nadie es competente en su trabajo... ¿Y de quién es la culpa? De los jefes, siempre. Y James no va a ser la excepción.

—¿Dónde está el pendrive? —me pregunta cogiéndome del brazo y llevándome a la habitación donde me explicó el plan.

—Oye, podrías mostrar algo de gratitud, que todo lo he tenido que hacer yo.

—Hemos detenido a los rusos —asegura acercándose más a mí con una expresión desafiante.

No sé por qué cuando se acerca este hombre me da tanta rabia.

—Un aplauso para la “inteligencia” inglesa.

—¿Dónde está el pendrive? —vuelve a preguntar.

—Delante de tus narices, vaya espías... —respondo bajando el escote estilo palabra de honor de mi vestido negro ajustado.

Me dan ganas de reír cuando veo cómo le cambia la cara de color.

—¿Qué haces?

—En algún sitio tenía que guardarlo...

Le miro desafiante y él acerca su mano lentamente. No creo que se atreva... Cuando creo que he obtenido mi victoria y decido dárselo yo acelera la velocidad en su mano mientras me mira de nuevo a los ojos, con esos ojos azules que me acaban de dejar sin palabras. Me acaricia mientras busca el pendrive entre mis pechos y cuando ya lo tiene desliza sus dedos hacia uno de mis pezones, que roza como si fuera no fuera a propósito.

—¿Qué...

No me deja acabar porque con la misma mano me cierra los labios y los acaricia con el índice.

—Hablas demasiado.

—Serás...

No me deja acabar porque me agarra y me besa para que me calle. De

pronto siento sus labios sobre los míos tan suaves. No hubiera imaginado que tendría unos labios así. Comienza a mover su lengua sobre los míos y los abro sin darme cuenta. Gimo en su boca cuando desliza su lengua por la mía. Qué bien besa... jamás lo habría dicho.

No debería gustarme, es un idiota este hombre, no lo aguanto. Pero me acaba de poner de cero a cien en cero coma.

—No ha sido tan difícil —dice soltándome y dejándome sola en la habitación con el pendrive en la mano.

—Será idiota.

Así va el país, bueno, éstos no son franceses.

Salgo de la habitación y veo a Eduard acribillando a preguntas a Claire. Y Gerard en un sillón abanicándose con una carpeta, hundido igual que cuando estábamos en el restaurante. Aunque ahora está más cómodo.

—Me envió una solicitud de amistad —le responde Claire a Eduard con un tono que denota el cansancio de mi pobre amiga.

Él se ajusta las gafas y repasa lo que le ha contado ya Claire, que creo que se lo ha repetido varias veces. Nunca entenderé por qué los policías o detectives o quien sea, repiten tanto las preguntas, ¿esperan una respuesta distinta? ¿O simplemente es deformación profesional?, como cuando le pregunto veinte veces a mis hijos con qué amigos han quedado...

A veces incluso yo me pregunto por qué pregunto tanto lo mismo, si sólo con pensarlo un poco ya sé la respuesta. ¿Será que busco inconscientemente que digan la verdad y no me fio de ellos? Bueno, esto que quede aquí, en mis pensamientos, no vayan a quejarse después y me lo recuerden por el resto de mi vida. Seguiré preguntando veinte veces con quién han quedado cada vez que salgan por la puerta de casa.

—Así que habló contigo hace dos días.

—Exacto —responde como si hubiera adivinado algo. No lo ha hecho, ya le respondió lo mismo hace rato...

—Bien, y quedaste con él hoy en el lugar que él dijo.

—Mientras invitara él y prometiera sex... quiero decir, sí.

Eduard la mira por encima de sus gafas alzando una ceja y finge tener tos.

—Entonces no lo conocías de antes.

—¡Claro que no!

—Te dijo que quería ir a ese restaurante y simplemente aceptaste —vuelve a insistir.

—A ver, hablamos y me dijo lo del restaurante y yo le dije que prefería ir

a su casa. Tengo tres hijos, ¿tú crees que tengo tiempo de restaurantes, cines o ese tipo de tonterías? Por favor... —acaba diciendo desquiciada acomodándose de nuevo en la silla.

La pobre Claire parece una mujer desesperada... Qué vergüenza con Eduard... Pensará que estamos locas. Pero claro, después de lo que ha pasado con James en esa habitación... Yo también lo pienso. ¿Qué me pasa? ¿Cómo he dejado que me besara? Pero es que joder, qué manos, qué lengua, no sé cómo lo ha hecho... Por cierto, no lo veo, no sé si se ha ido con el pendrive o qué, pero no me atrevo a preguntar por él, o pareceré tan desesperada como Claire.

—Bueno, pues otra habitante más de esta bendita casa hasta que detengamos a todos los de la organización —concluye Eduard quitándose las gafas y dejando en la mesa la libreta.

—¿Cómo?

Claire mira a todos los que hay en la habitación, Chloè, George y Eduard alternativamente para acabar mirándome a mí.

—Me temo que tiene razón, son bastante peligrosos, casi nos matan a Gerard y a mí en un polígono industrial. Nos libramos por los pelos. Y cuando fuimos a casa estaban vigilándola.

—No puedo creerlo.

—Ni yo, y pensar que todo esto fue por los ultrasonidos. Bueno, por la celulitis... Maldita celulitis. Es la causa de todos los males —reconozco mirando al vacío.

No puedo dejar de pensar en esa pesada de Geneviève, no sé por qué, y el caso es que me recuerda a una profesora del internado... Se me ponen los pelos de punta. Pero cuando la he besado... Cuando me ha provocado para que cogiera el pendrive de entre sus pechos... Cuando he visto su escote me ha costado tragar saliva. No tengo ya edad para estas cosas... Aunque tampoco soy tan mayor, sólo lo parezco, es que el trabajo a veces estresa demasiado, y cuando todo sale mal y tengo que responder ante mis superiores... El estrés alcanza niveles demasiado altos. Cuando era más joven el estrés me gustaba, la adrenalina, ahora es todo igual pero negativo. No digo que no me guste todavía, a veces, pero cuando todo sale mal porque he delegado en quien no debía, no puedo evitar cabrearme conmigo mismo y pagarla con todos los que me rodean, es complicado.

A veces siento que si no me encargo personalmente de todo, nada saldrá bien. ¿Y ha tenido que venir Geneviève para recordarme a cada minuto que

todo es un desastre? Es lo último que necesito. Creo que la he besado para que se callara, pero por otra parte me ha puesto duro como una piedra. Sólo de recordarlo me vuelvo a poner malo.

Esa mirada provocándome, sus labios carnosos, ese vestido negro ajustado que ya me puso malo cuando la vi antes de salir... Pero es que lo que me faltaba era que me provocara diciendo que tenía el pendrive entre las tetas... Y tiene una piel tan suave, hubiera seguido buscando el pendrive aunque ya lo hubiera guardado en mi bolsillo. Por si hubiera otro ahí. Tal vez debería volver a cogerla y buscar mejor, por si oculta algo debajo de ese vestido que marca sus curvas de esa manera...

Estoy mayor para todo esto... bueno, no tanto, es sólo que me he acostumbrado a estar al mando y me hace sentir mayor. Además, me han puesto al cargo de una panda de gente joven que marca más la diferencia. Debe ser eso, si trabajo con gente de entre veinticinco y treinta años, me hace parecer mayor, y sobre todo estas canas... Pero Geneviève ha dejado que la besara... No sólo ha dejado que lo hiciera, creo que le estaba gustando bastante, porque se ha enroscado como una serpiente. Creo que hace tiempo que no está con un hombre, sobre todo la otra, Claire, que la está interrogando Eduard y está contando la historia más absurda que he oído en mi vida, sobre cómo conoció al terrorista internacional que estaba con ella en el restaurante.

Chloè y yo estamos en una habitación donde está instalado un equipo informático que no tiene nada que envidiar al que tenemos en la central. Sin embargo cuando introduce el pendrive en el sistema no hay manera de leerlo.

—Seguiré intentándolo, pero necesito el otro.

—¿Qué otro?

—Ésta es una parte, está encriptado, necesito otro archivo que complementa éste y podremos leerlo.

Resoplo y Chloè se encoge de hombros. La cosa no va con ella, no creo que deba pagar mi frustración con la única persona válida en este equipo.

—Estás haciendo un buen trabajo, sigue intentándolo —la felicito colocando mi mano en su hombro para infundirle ánimo.

—Gracias jefe —dice sin dejar de mirar la pantalla y subiendo sus gafas con la mano izquierda.

—Si hay novedades...

—Puede que logre algo, pero si tuviera el otro pendrive...

—Nosotros nos encargaremos de eso.

Llegados a este punto, no hemos conseguido nada, o casi.

—Puede que lo tenga la verdadera espía —sugiere James que por alguna razón no parece el mismo de siempre. No parece tan cabreado como de costumbre.

—He interrogado a Claire y al ruso —le informo—. Claire está peor que Geneviève...

—No sé quién está peor, pero háblame de Dimitri.

—Él está mejor de la cabeza —digo dejando escapar una sonrisa, pero parece que a James no le ha hecho tanta gracia—. De él hemos conseguido algo. Vamos, te lo enseñaré —digo recuperando la seriedad.

—¿Servirá para recuperar el otro pendrive?

—Sí, pero me temo que aún así vamos a volver a necesitar a Geneviève.

—¿Y la otra?

—Sabe demasiado, no puede salir de aquí hasta que todo esto acabe. Y los rusos podrían usarla para encontrar a Geneviève. Están bastante cabreados porque adelantaron parte del dinero y después desapareció, la verdadera agente.

—Buen trabajo, Eduard.

A pesar de que llevo muchos años trabajando con James, nunca sé lo que está pensando realmente, y es algo que no me gusta, pero es tan hermético. Mientras vamos en el coche hasta la sede de los franceses, donde está retenido Dimitri, miro a James de reojo.

—Geneviève no quiere volver a participar en nada de esto, y mucho menos Gerard.

James alza una ceja y me dirige una mirada que no sé descifrar.

—Lo harán, no tienen más opciones —afirma con seguridad.

—Cuando he llegado al piso estaban ella y Claire echando chispas.

—Ahora son dos...

—Sí, me temo.

Al fin llegamos a la sala de interrogatorios donde está el ruso esposado y James se queda mirándolo desde la habitación contigua a través del cristal.

Hoy está raro, y no es que de normal no lo sea, pero hay algo distinto. ¿Tal vez le haya afectado más de lo que quiere admitir que Geneviève lo machaque con que somos un desastre? Me sorprendería, pero claro, tampoco sé qué se le pasa por la cabeza. Es la persona más cerrada que conozco. Lo poco que sé es que se crió en un orfanato, internado o algo así. No es que eso sea bueno para socializar y ser una persona abierta. Le debió faltar todo lo que realmente necesita un niño. Aunque con todo lo que he visto en mi vida, bastante bien

está de la cabeza para haber estado en esas condiciones. Conozco gente que salió mucho peor, y que desde luego no han llegado a un puesto como el de él, bueno, tal vez sí, pero en el otro bando.

No sé mucho más de James, no sé si lo abandonaron, no sé cómo entró en el servicio de inteligencia. Sólo sé que no fue como yo, él no tuvo más opciones, es lo único que me dijo cuando lo conocí. Eso es algo que se me quedó grabado. ¿No tuvo más opciones? Tiene que ser duro estar en esto sin haberlo elegido. Es demasiado riesgo como para que no te guste. Y con los años el estrés se lleva mucho peor. Aunque él ya no es un agente de campo sigue teniendo el mismo estrés, demasiadas responsabilidades, demasiadas cosas en juego, vidas a su cargo... No sé si yo podría soportar eso, porque al fin y al cabo la única vida que pongo en peligro es la mía.

—¿Entramos? —dice James, aunque no es una petición, es una orden.

—¿Un ocho? ¿Sólo? Ojalá pudiera decirle a ese profesor cuatro cosas. Bueno, dile a tu hermano que no se acueste muy tarde —digo antes de colgar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Claire mientras nos miran George y Chloè.

—Un profesor de literatura, que me ha puesto un ocho. Yo creo que al menos un nueve, incluso diría que era un trabajo de diez.

—¿Cómo que te ha puesto un ocho? Se lo habrá puesto al niño.

—El trabajo lo he hecho yo, por lo tanto el profesor me ha puesto la nota a mí, no a Alain —respondo justo cuando entran James y Eduard—. El problema es que no me puedo quejar de la nota sin destapar que no lo ha hecho él. Y a su padre no le importa.

Ambos nos miran a Claire y a mí con la cara de estar viendo a dos locas.

—Tengo que hablar contigo... A solas —dice James mirándome fijamente. No sé por qué pero me he puesto un poco nerviosa. Siento un cosquilleo en el estómago. ¿O tal vez es en otra parte de mí?

—Creía que nos podíamos ir ya —digo una vez dentro de la habitación donde nos hemos metido, llena de pantallas y ordenadores, la sala donde Chloè hace su magia junto a George.

—Aún no —confiesa pasando la mano derecha por su pelo, como si así pudiera adquirir las palabras que piensa soltarme.

—¿Y bien? —pregunto cruzándome de brazos.

—No ha acabado —dice mirándome al escote, tal vez lo he hecho aposta lo de cruzarme de brazos, para ver si me miraba. No sé en qué estoy pensando... pero me encanta cómo me mira. No sabría muy bien cómo describirlo, me mira con hambre, tal vez.

—¿Qué falta? No entiendo nada, hemos hecho lo que dijisteis.

—El pendrive es una parte, falta otro que lo completa para poder obtener la información.

—¿Y dónde está el otro?

—El ruso que fue con tu amiga dice que lo tienes tú, por eso te seguía, y por eso fue con Claire, para presionarte.

—¿Cómo lo voy a tener yo? Además, yo a ese hombre no lo conozco de nada.

—Lo tenía la verdadera espía, la que se te parece y con quien te confundimos.

—¿No deberíais buscarla?

Él se acerca a mí y me pone nerviosa, más de lo que ya estaba.

—Hay algunos problemas con eso.

—¿Y el hombre que me pasó el pendrive que te di?

—No sabe nada, le contrataron sólo para dártelo. No se puede tirar del hilo por ahí.

—¿Cómo sabe el ruso que se lo dieron a la otra espía?

—Porque había hecho un trato con ellos, pero no se presentó a la cita, de eso hace una semana.

—¿Dónde era?

—En un hotel, en Suiza.

—Es todo un poco rocambolesco, ¿no?

—En el hotel esperan a una mujer de tus características con reserva para dentro de dos días.

Otra vez el instinto me avisa de que me van a liar. No me gusta lo que dice ni lo que va a decir.

—Creo que podéis conseguirlo —digo levantando el puño a modo de victoria y dándome la vuelta para dejarlo solo con sus propuestas absurdas. Bastante enfadada estoy ya con el ocho que me ha puesto el profesor de mi hijo por la pedazo de redacción que hice. Redacción de matrícula de honor, por lo menos...

—Espera —me pide alcanzando mi muñeca para que no me vaya.

Yo me giro y miro sus dedos sobre mi piel y luego a sus ojos azules, oscurecidos por la tenue luz de las pantallas de los ordenadores, y tal vez por algo más que no sé leer en ellos.

—¿Qué...

Sus manos me dan la vuelta y me acaricia el pelo dejándome sin palabras.

No sé si me va a besar, no sé si quiero que lo haga.

Cuando Geneviève se enfada me pone de una forma que no puedo controlar. Lo intento por un momento, pero no logro nada y sujeto su cabeza tras acariciarle el pelo, y la beso. Luego la agarro de las caderas y la acerco a mí para que sienta cómo me ha puesto. Noto cómo se estremece y cómo su lengua me acaricia con más fuerza en el interior de mi boca.

Sus dedos se entremezclan con mi pelo y me atraen a ella acariciándome desde la nuca.

—Si es una técnica de espionaje para que colabore vas listo —dice, pero vuelve a juntar sus labios con los míos y su lengua con la mía, tan suave, tan deliciosa.

Y siento su mano acercándose desde mi espalda hacia mi bajo vientre y moviéndose lentamente hacia el interior de mis pantalones.

Dos golpes en la puerta nos hacen despegarnos como si hubiéramos tocado un enchufe y nos hubiéramos electrocutado.

Me cabreo por un momento, porque nos han interrumpido y me fastidia bastante.

—¿Qué pasa ahora? —vocifero enfadado.

Geneviève me mira boquiabierta y luego fija sus ojos en mis labios. Eso hace que baje mi nivel de enfado un poco.

—Unas cámaras del centro han localizado a Dae-hyun. Ahora mismo están buscándolo, pero necesitan apoyo desde aquí en la base —dice Chloè desde el otro lado de la puerta.

Por mucho que me pese tenemos que trabajar, sólo me ha costado unos segundos centrarme.

—Geneviève, hablaremos luego —le pido con la voz ronca de deseo.

Ella asiente sin decir nada, ¿por primera vez en su vida no habla? Debería de escribirlo en el informe cuando acabe la misión, lo mismo me dan una medalla por hacer que calle...

Me mira confusa cuando sale de la habitación y se cruza con Chloè, George y Eduard.

—Espera fuera. Es posible que esto acabe hoy.

Creo que he visto un tono de decepción en los ojos claros de Geneviève, ahora un poco más oscuros de lo normal..., pero no, no puede ser, creo que tengo demasiadas ganas de estar con ella y ya imagino cosas... Hace tiempo que no estoy con una mujer y ya he perdido la capacidad de interpretar sus gestos y emociones. Seguramente se calienta rápido porque al igual que su

amiga Claire, están un poco estresadas... Por decirlo de alguna manera, porque lo de “poco” es un eufemismo.

Chloè se sitúa en su puesto, al igual que George, al lado de ella y se colocan los auriculares con el micro. Mientras contactan con el equipo que hay en la base y van abriendo distintas pantallas con las cámaras del centro yo me dedico a pensar sin quererlo en los labios de esa mujer, su lengua suave y húmeda restregándose con la mía. Alguien se ha dejado un café a medias encima de la mesa pegada a la pared donde están trabajando Chloè y los demás y no dudo en terminármelo. Necesito café o algo más fuerte para despejarme o no podré trabajar pensando en ella. Esto no me había pasado en mucho tiempo, y si me ha pasado no lo recuerdo ahora mismo.

Eduard me mira frunciendo el ceño y niega con la cabeza. También él se ha dado cuenta de mi estado, pero no dice nada. Es demasiado prudente, demasiado adiestrado para este trabajo como para preguntar nada personal. Al menos a un superior.

—¿Voy hacia allí? —me pregunta Eduard.

—De momento esperemos a ver si el equipo francés lo consigue.

Capítulo 8.

Berna, Suiza, dos días después.

No sé por qué le hice caso y me metí en este embrollo. Bueno, sí lo recuerdo, tenía los ojos azules, y me miraba de una forma... No sé cómo lo hizo pero me convenció rápidamente. También las circunstancias acompañaban: Por una parte perdieron la pista del coreano, con lo cual no se podía hacer otra cosa que intentar seguir por la única pista que tenían, la del ruso. Tal vez aquí encontremos a la verdadera espía, si es que no la han matado o a saber... Por otra parte, me pilló desprevenida, estaba en el sillón cuando terminaron de buscar al coreano, leyendo un libro medio erótico medio romántico, “En los negocios y en el placer... 3, la que vale, vale” Y esa Penélope Doyle está tan salida que cuando lo he leído me lo ha contagiado, y era lo que me faltaba para poder enfrentarme con James y negarme. En ese momento no le habría negado nada, y creo que de no ser porque le llamaron sus jefes, le habría empujado sobre la alfombra y lo habría hecho polvo... Debo dejar de leer durante un tiempo este tipo de libros... O correrá peligro la gente que me rodea, bueno, correré peligro yo, que me pierdo...

Gerard alza una ceja cuando me mira y niega.

—¿En qué estábamos pensando?

—No lo sé, en recuperar nuestra vida de una vez. James y Eduard —añado a Eduard para que no se me note lo que estoy pensando—, son unos liantes.

—Podrían haber enviado a otra que se te pareciera.

—Parece ser que mi foto ha recorrido ya unos cuantos terminales... — repito las palabras que me dijo James para convencerme. Vamos, que nunca estaré tranquila hasta que detengan a todos los miembros de la organización y a los coreanos. Y si falta algún ruso o búlgaro también.

Al menos sabemos el nombre que dio la espía, Margot Briand, que no saben todavía si es real, aunque no han encontrado su perfil, y Chloè es bastante buena en su trabajo. Así que seguramente sea un nombre falso, por lo que me han hecho una documentación falsa también para hacerme pasar por ella.

Sólo hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué tengo que vestir tan ajustada y

tan corta? De hecho se lo voy a preguntar ahora mismo a James, que está alojado en la habitación contigua con todo el equipo.

Llamo a la puerta y me responde Chloè.

—Adelante.

—Chloè, ¿dónde está James? —le pregunto sin haber esperado a que me diera permiso para entrar. Ella me mira algo sorprendida despegando sus ojos de la pantalla del ordenador portátil que tiene abierto en una mesa central de la enorme habitación.

—Se ha ido a comer con Eduard a la otra habitación.

Por un momento dudo, pero luego veo a la pobre Claire sentada en la cabecera de la cama de la habitación, que todavía no sé muy bien qué hace aquí, y me da hasta rabia. Han puesto en peligro a demasiada gente, incluidos nuestros hijos.

—¿Estás bien? —pregunta Claire despegando los ojos del libro que está leyendo.

—No estoy bien, mira por donde tengo la regla.

—¿Aún?

Entrecierro los ojos girando a la vez la cabeza a un lado para negar.

—No tiene ninguna gracia.

Ella se encoge de hombros y me sonrío con mirada inocente.

—Un poquito sí.

—Sólo tienes un año menos que yo, y tienes más canas —le recuerdo sólo para que lo tenga en cuenta.

Oigo toser a Chloè y creo que se siente incómoda ante nuestra animada dialéctica. No sé por qué. La gente joven no entiende nuestras bromas.

—Perdona, Chloè, es que ya no distingue —dice Claire sin poder evitar acabar riendo.

Yo le echo una mirada de reproche, y cuando tengo la respuesta perfecta para ella, aparece James tras la puerta con la boca llena, masticando aún.

—¿Qué escándalo hay aquí?

—Es ella —se chiva Claire como si estuviéramos en el colegio aún.

—¿Pero qué dices? Si estoy enfadada es por ti, porque aquí están pasando cosas que no me gustan —le espeto a James, que me mira frunciendo el ceño. No me gusta que me mire así, cuando hace un trabajo pésimo...

—No hay tiempo de estas cosas. Las quejas las pones en una reclamación y se la envías al ministerio de exteriores.

—Sí claro, la voy a poner en una reclamación y te la voy a meter...

La tos de Eduard, tan educado siempre, nos interrumpe.

—Nunca he trabajado con gente que se quejara tanto —le dice James a Eduard volviéndose a su habitación.

Eso me enfurece más, pero no me da opciones.

—¿Acaba de cerrar la puerta en mis narices?

—Me temo que sí —dice Claire intentando aguantar la risa y metiendo la cabeza en su libro.

—Por cierto, ese libro es mío, dámelo —le reclamo yendo hacia la cama para quitárselo.

—Estoy en lo mejor, déjame —se queja, pero yo le hago cosquillas para que lo suelte.

James vuelve a salir y nos pilla en la cama, una sobre la otra. Por alguna razón se queda mirándome a los ojos sin decir nada por unos segundos. Yo me he quedado paralizada sobre Claire, que practica la misma técnica que Eduard, es decir, toser para llamar la atención.

Trago saliva con dificultad y después de ver a Geneviève en la cama sobre la otra creo que dormiré mal esta noche... si es que consigo conciliar el sueño. Y cuando bajo la vista, veo un libro erótico encima de la sábana.

Definitivamente hoy no duermo.

No es que normalmente sea fácil para mí el hecho de dormir, mi vida ha sido bastante complicada hasta ahora. Y lo que me queda... El caso es que tal vez por cómo ha sido mi vida y por todo lo que he hecho para sobrevivir, no puedo dormir bien. Por el día es distinto, por el día tengo demasiadas cosas que hacer, cosas de las que preocuparme, pero por la noche es todo más triste. No tiene sentido que sólo la falta de luz me provoque pensamientos tan negativos, tal vez por la noche el cuerpo y la mente están más cansados. El estrés no ayuda, pero ver ahora a Geneviève con la falda del vestido ajustado prácticamente arrugado hasta la cintura y montando sobre Claire no será una imagen fácil de olvidar. Por otra parte, ¿qué clase de libros leen estas dos?

—James, es la hora —dice Eduard a mi espalda.

Asiento y vuelvo a la habitación contigua donde estábamos comiendo y dejo la servilleta que aún tengo en la mano. No creo que pudiera tampoco seguir comiendo.

George nos da los auriculares y los micros y luego va hacia Geneviève para colocarle a ella y a Gerard los micros.

—Ponle un auricular —le ordeno.

—Pero pueden descubrirlos —dice George.

—No sabemos a qué se enfrentan, tenemos que comunicarnos, ya no estamos en París. Aquí no tenemos apoyo de nadie.

George asiente y mientras coloca el micro en el interior del sujetador de Geneviève la miro detenidamente deseando ser George por primera vez en mi vida. Después de mirar su escote descubro que me está mirando también.

—Tápate la oreja con el pelo, no se nota pero por si acaso —le recomienda George.

—Más os vale que esto salga bien, no quiero acabar como la otra Margot, que a saber dónde está...

—Saldrá bien —la anima Chloè sonriéndole desde su silla frente al ordenador—. Somos los mejores en esto, nunca le ha pasado nada a nadie que haya trabajado con nuestro equipo.

—Salvo a Margot.

—Aún no trabajábamos con ella —responde la pobre Chloè manteniendo aún la sonrisa.

Geneviève se acerca a mí y yo permanezco donde estoy, bajo el marco de la puerta.

—Eso no significa que no esté muerta —me susurra para que los demás no la oigan.

—No creo que nadie se atreviera a hacerte nada, sólo de oírte hablar un rato dimitirían. Preferirían la muerte a manos de sus jefes.

—Es un alivio, porque vaya desastre.

—Creo que deberíais dejar esta guerra personal y colaborar —sugiere Eduard acercándose a nosotros—. Además, tenéis que bajar ya al restaurante.

Ella asiente y Gerard termina de quejarse a su vez del micro que le ha puesto George, de que le pica todo el cuerpo y tonterías así. Trabajar con estos dos es desquiciante.

—George, ponme un micro y un auricular también. No podemos dejarlos solos. Estaré cerca.

George me mira confuso pero sigue mis órdenes, al igual que Eduard, al que dejo al cargo de Chloè y George.

Sé que es extraño, inusual, que yo haga trabajo de campo, pero de pronto algunos pensamientos negativos, que suelen venir cuando se acerca la noche, han venido a mi cabeza un poco antes. Inevitablemente me he preocupado por Geneviève..., y no puedo dejar que otro se ocupe de cuidarla.

—Chloè, envíame señal de la cámara de Geneviève.

Chloè obedece rápidamente y cuando enciendo el reloj digital veo lo que

ve la cámara de Geneviève. Asiento complacido y le dedico una mirada preocupada a ella antes de que vuelva a su habitación para salir por allí.

Yo espero unos segundos y salgo de la mía, cuando ya ha salido del pasillo y ha llegado al ascensor.

Una puerta frente a su habitación se abre y sale un hombre asiático. No sé si es coreano, pero ajusto la cámara de mis gafas y le mando una foto a Chloè. Creo que ha salido sólo su perfil, pero puede que consiga averiguar algo.

Llevo un maletín para aparentar ser un hombre de negocios. No sé si me ha visto, pero nadie sospecha de mí, por la edad, al menos la que aparento. No soy tan mayor, pero ni yo mismo sospecharía de mí.

—Gerard, ¿no crees que es injusto que yo tenga que ir así de corta y tú en traje? —me quejo por enésima vez estirando la falda hacia abajo, que por alguna razón se sube con cada paso.

—Porque si me pusiera yo ese vestido creo que la gente se asustaría —dice riendo.

—Sólo habría que comprar unas tallas más —le respondo negando—. Me gustaría ver a James con él, ya que le gustan tanto los vestidos negros.

—Os estoy oyendo —oigo decir a James a través del auricular.

—Si pudieras verme, verías que pongo los ojos en blanco —le respondo y se me ocurre algo—. Mira —digo girándome hacia el espejo del ascensor para poner los ojos en blanco y que lo vea a través de su reloj.

—Deja de jugar si no quieres que te descubran y os maten a los dos.

—Geneviève, por favor, no nos mates a los dos —me ruega Gerard.

—Pues llámame Margot, querido Philip —sugiero con retintín.

Oigo el resplar de James y el de George al unísono, parece que se han puesto de acuerdo... ¡Hombres! Son todos iguales.

—No os creáis tan listos, tengo dos hijos varones, y un tercero que no es hijo mío, pero como si lo hubiera adoptado... Claro, que luego lo devolví, porque ya era mayorcito.

—Margot —dice Gerard—, céntrate, por favor.

Ahora la que resopla soy yo.

—Geneviève, tranquilízate —dice Claire desde la habitación.

—¿Quién te ha dado micro en esa sala?

—Se lo he quitado a Eduard. Tienes que calmarte y cumplir la misión, no te estreses más y mañana estaremos de vuelta con nuestros hijos. Ánimo.

—Tengo menos estrés aquí —reconozco apesadumbrada.

—Pues imagínate yo con tres.

Por alguna razón oír la voz de Claire me calma. Es una voz familiar, somos amigas desde niñas. Luego me fijo en Gerard, que me mira con miedo en los ojos y sé que tengo que ser valiente una segunda vez. Además, por alguna razón saber que James está cerca, que me oye y ve lo que yo veo, me tranquiliza. Sé que está cerca de mí y eso me gusta, es como si lo llevara dentro. Es algo extraño pero me gusta.

Las puertas del ascensor se abren y salimos al restaurante que hay en el ático con unas preciosas vistas de la capital, el problema es que si tenemos que salir corriendo, sólo podemos correr en círculos... o tirarnos por el borde de la azotea.

No es que me guste esto, pero no tenemos más opciones. La otra Margot no se enteraba de nada, tal vez por eso la mataron. O a lo mejor sí se enteraba y salió escopetada de aquí sabiendo que no era buena idea meterse en estos líos.

—Margot Briand, por aquí por favor —dice el maitre.

—Gracias.

Ese hombre me ha reconocido como Margot, pero yo no lo conozco de nada. Gerard asiente cuando lo miro buscando apoyo.

No sé si estamos haciendo bien las cosas.

—Su pedido llegará enseguida. Lo de siempre.

¿Qué es lo de siempre?, me pregunto alarmada. ¿Una ración de balas a propulsión contra mi cabeza? ¿Un ruso con mala leche? ¿Una banda de coreanos enfurecidos a lo película de Bruce Lee?

¿Qué haría Bruce en esta ocasión? Tal vez quitarse el vestido negro y ponerse un maillot amarillo para ir más cómodo en lo de dar patadas y tal.

—Philip, querido, nos van a traer lo de siempre —digo cuando se va el maitre.

—Eso parece, sólo espero que esté bueno.

—No puedo creer que estés pensando en serio en comer algo.

—Yo siempre, siempre, tengo hambre.

—Así estás...

—¡Oye!, sin ofender.

Miro hacia los lados y veo los otros comensales cenando o tomando una copa en sus mesas y en la barra. Cualquiera de ellos puede pertenecer a la “organización”, cualquiera puede ser un asesino.

El maitre regresa y nos sirve un plato a cada uno. Se deja la servilleta en mi lado de la mesa y cuando se va sonriendo la miro sin saber si cogerla o no.

—¿Debemos esperar? —pregunto en voz baja a los que nos están

escuchando.

—Que espere Gerard, tú guarda la servilleta en tu bolso y ve a los aseos.

La servilleta tiene algo dentro, la noto dura al tocarla, pero la guardo disimuladamente, primero acercándola a las piernas como si la hubiera usado para limpiarme la boca, y luego la introduzco en mi bolso. Me disculpo con la excusa de ir al baño, entrando rápidamente en la parte cubierta de la azotea.

Me cruzo con James y siento un gran alivio al verle, ahora mismo creo que lo abrazaría. Cuando le voy a dar la servilleta un hombre sale del baño de caballeros y rápidamente saca una pistola para apuntarme. James me agarra y me protege poniéndome tras él y con unas llaves rápidas le quita el arma y lo reduce, dejándolo de rodillas para darle un golpe en la nuca.

Yo no soy capaz de decir nada, ha sido todo tan rápido que no he podido si quiera ver cómo lo ha hecho. Me he quedado bloqueada al verlo.

James lo agarra de los brazos y lo mete en uno de los cubículos del baño de caballeros.

—Vámonos —dice en voz baja y con la mayor calma del mundo.

—¿Y Gerard?

—Eduard, ocúpate de Gerard —dice James agachando la cabeza y acercándose al micro que lleva puesto para no tener que hablar más alto.

James me ha agarrado de la mano y me conduce hacia las escaleras de servicio.

—Pero James... —digo, sin saber qué pasa.

—No es seguro que permanezcas aquí.

—¿Dónde vamos?

James no me contesta, de hecho se quita el micro mientras bajamos las escaleras tan rápido que creo que voy a tropezar en cualquier momento.

—Pero, ¿por qué todo el mundo quiere matarme? Bueno, a Margot.

—Margot engañó a todos los clientes y se largó con parte del dinero.

—Cuando nos calmemos un poco tienes que explicarme todo con más detalles —le exijo.

Él va bajando las escaleras piso a piso y no me contesta, sólo aprieta un poco más mi mano. No sé por qué pero me encanta sentir su tacto en la palma, su calor. Es tan agradable que a pesar de la tensión que tengo en el cuerpo, su mano me relaja.

Cuando llegamos a la salida de la lavandería del hotel nos encontramos con dos coreanos. Los que nos faltaban.

James los mira y baja la cabeza a modo de rendición, pero sólo los

engaña, me empuja hacia un lado y gira hacia el otro para rápidamente atrapar a uno con una llave y usar el arma que llevaba en la mano para disparar al otro, que se acerca a él para matarlo.

—Rápido —dice él dejando los cuerpos tal y como están—. A pesar del silenciador, puede que alguien haya oído algo, y puede que haya más coreanos. No tenemos tiempo.

Yo aún estoy con las manos en la boca, creyendo que iban a matarlo. Él me agarra de nuevo de la mano y me lleva con él a través de las calles, buscando las zonas más oscuras.

No sé dónde vamos, pero sé que junto a él voy a estar segura. No quisiera separarme nunca de él, de su mano caliente, de sus ojos azules. Se detiene en un callejón y me mira antes de meter sus manos por mi escote. Yo dejo que lo haga y lo miro mientras desliza sus dedos por mi cuerpo hasta que localiza lo que busca, el micro.

—Eduard, hay dos coreanos en la lavandería, uno de ellos sigue vivo, búscalo cuando esté a salvo Gerard e interrógalo —dice antes de desconectar el micro.

Ambos oímos a Eduard confirmar que ha recibido la orden mientras nos miramos fijamente. James suelta el micro y me acaricia la mejilla.

—No tengas miedo —dice con una media sonrisa.

—No lo tengo —digo devolviéndole la sonrisa y fijándome en sus labios por un momento. Creo que he mordido los míos de pensar en besarle y él también baja la mirada para recorrerlos.

Deberíamos irnos, pero no lo hacemos. Sólo nos miramos en la oscuridad bajo la débil luz de la noche en la ciudad, rodeados de edificios de piedra que apenas dejan pasar la luz de las farolas que hay en la avenida, al otro lado de la calle donde nos hemos escondido.

—Hace frío —explico cuando él me acaricia los brazos y siente cómo la piel se me ha erizado. Los dedos cálidos recorren mis brazos desde los hombros hasta las manos lentamente, haciéndome sentir que no existe el peligro a su lado.

—Vamos, te llevaré a un sitio cálido.

Eduard ha regresado con un coreano, al que ha traído a la habitación como si estuviera borracho, haciéndose él también el borracho y con una dosis de whisky en su ropa para dar el pego. Chloè, George, Gerard y yo lo miramos con alivio al verlo entrar, sobre todo cuando al fin se cierra la puerta y sabemos que estamos a salvo aquí, y que James y Geneviève también lo están.

Hemos pasado unas horas con el alma en vilo.

—Casi nos da un infarto aquí dentro —digo mirando a Eduard preocupada.

—Todo está bien, Claire —me dice con una sonrisa tranquilizadora.

Eduard deja caer el cuerpo del coreano en medio de la habitación, que llega al suelo con un golpe seco.

Chloè lo mira atónita, no estará acostumbrada a ver este tipo de cosas, al igual que yo.

—Pesa —se defiende Eduard ante nuestra mirada—. Ayúdame a llevarlo a la otra habitación.

Yo le ayudo mientras Chloè sigue trabajando. Y George y Gerard se van a los baños del ático para eliminar las pruebas de la muerte del ruso.

—Sí que pesa, para ser coreano.

Lo dejamos caer en el suelo de la otra habitación y cierra la puerta. Yo miro al pobre hombre tendido sobre la moqueta y me da la sensación de que está muerto. Pero no lo está.

Eduard se agacha y le da un puñetazo, aunque ya está inconsciente.

—No creo que así vaya a hablar —le recomiendo.

—No, pero me ha jodido el día, y a James.

—¿Qué vas a hacer con él? —pregunto preocupada. No es que tenga aprecio a ese desconocido, pero no quisiera ver alguna tortura, no creo que pudiera soportar verlo o saber que está ocurriendo algo así.

—Ya no está de moda la tortura —asegura leyendo mis pensamientos—. Tengo algo mejor —dice enseñándome una caja que saca de su maleta.

Yo me acerco hasta él y le veo abrir la caja donde hay unas inyecciones.

—¿Qué es eso?

—Una droga que le hará hablar en cuanto se despierte. Vamos a atarlo antes.

No sé por qué colaboro, tal vez por curiosidad, tal vez porque no tengo nada mejor que hacer, tal vez porque Eduard tiene unos ojos verdes demasiado claros y demasiado penetrantes como para negarse a cualquier cosa que pida.

Arrastramos hasta una silla al hombre del suelo y Eduard le coloca unas bridas atando cada extremidad a un lado y las muñecas atadas entre sí, por si acaso, dice.

—Estos coreanos son muy flexibles.

—Lo veo difícil, pero tú eres el experto.

—Y tú eres preciosa —dice alcanzando la jeringuilla que había dejado encima de la mesa junto a la puerta—. No tenemos mucho tiempo, es mejor

que salgamos de este hotel cuanto antes.

Y cuando voy a decir algo le clava la aguja de la jeringuilla al coreano en el cuello como si lo estuviera apuñalando. El pobre hombre reacciona, no sé si del susto, pero abre los ojos ipso facto.

—¿Está bien?

Eduard rodea la silla donde está y lo encara.

—Empieza a hablar.

Geneviève me sigue aunque no sabe dónde va, no sabe nada, no sabe en qué está metida realmente. Y que acepte seguirme tan confiada me hace sentir culpable. Es tan suave, lo noto en la mano que tengo bajo la mía mientras caminamos entre las calles como si fuéramos una pareja normal, como las otras parejas que caminan en sentido contrario al nuestro y que veo sonreír o mirarse de una forma que no estoy acostumbrado a fijarme.

Miro hacia Geneviève y sus ojos me descolocan, no sé qué está pensando, no sé nada de ella, qué le gusta, qué hace cuando no tiene nada que hacer, que debe ser pocas veces, no sé qué sueños tenía cuando era joven, o que esperaba de la vida. Aprieta mi mano y siento que no la quisiera soltar nunca, lo he sentido antes, cuando he intentado soltarla por si no quería seguir de mi mano y ella se ha agarrado con fuerza para que no me apartara, para que no acabara nuestro contacto.

—No te preocupes, estamos cerca.

Ella asiente y me sonrío. Quisiera poder parar de caminar y atrapar su cabecita y besarla hasta que se borrara el miedo de sus ojos, porque aunque lo niega, sé que lo tiene dentro. Lo he visto demasiadas veces en demasiada gente y sé reconocer cuándo alguien tiene miedo. Y ella lo tiene. Y sólo quiero que se sienta bien, que no tema nada el resto de su vida.

Cuando estoy cerca del lugar al que vamos cojo su mano y la acerco a mis labios, no lo he podido evitar.

—Es aquí.

Abro la puerta trasera de un edificio de dos plantas de piedra en el casco antiguo de la ciudad y ella me sigue por una escalera hasta llegar a la planta de arriba, que abro con la llave que encuentro en el marco de la puerta.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —pregunta ella confusa.

—La dejé yo ahí —digo sin querer dar más explicaciones. Es una casa que usé hace años en otra misión. Nunca se sabe cuándo se necesitará un refugio, por eso la he mantenido aún, entre otros lugares seguros en otras ciudades.

Ella no me pregunta nada más, pasa delante de mí y ni siquiera me

pregunta si vamos a estar aquí mucho tiempo, si nos estarán buscando, nada. Sólo me mira en la oscuridad y cuando cierro la puerta me abraza desde mi espalda acariciándome a su vez lentamente mientras siento su contacto en todo mi cuerpo.

Es demasiado, hace tanto que no tengo un contacto así con otra persona. Realmente nunca he tenido un contacto así con otra persona, uno que no fuera de simple amistad o camaradería o en el caso de una mujer simplemente de sexo. No recuerdo si alguien alguna vez me abrazó de esta forma, como si quisiera retenerme con ella para siempre.

—Deja que me dé la vuelta.

Ella no responde, sólo me aprieta más contra su pecho unos segundos y luego me suelta para poder girarme. La miro en la oscuridad y acaricio su cabecita pensando que es la mujer más bonita que he conocido. Tal vez sólo esté agradecida, por eso me mira así, tal vez sólo tiene miedo, pienso de repente para amargarme yo mismo el momento... pero es que no puedo creer que sienta algo más por mí.

—Bésame —me ruega interrumpiendo mis pensamientos negativos.

La voy a obedecer, ¿quién podría negarse?

La veo humedecerse los labios y me vuelve loco, de repente me acuerdo de la imagen de esta tarde, ella en la cama con la otra... Abierta de piernas para apoyarse en las rodillas intentando quitarle el libro a su amiga, el vestido remangado hasta casi la cintura...

—Podrías volver loco a cualquier hombre —le confieso apartando mis labios de los suyos un momento.

—Pero tú ya lo estás, nadie haría lo que haces si no lo estuviera un poco —reconoce ella y no sé si puedo negar lo que dice, tal vez sí estoy un poco loco.

—Fóllame —dice ahora dejándome sin palabras, y ante mi falta de palabras ella dirige sus manos a mis pantalones.

Cuando siento su mano en mi entrepierna dejo salir de mi boca un suspiro que no he podido contener, pero sigo sin poder decir nada.

—Quiero esto dentro de mí —vuelve a provocarme.

—Te daré todo lo que quieras —le aseguro agarrándola del trasero para subirla sobre mí y llevarla hasta la cama.

Porque en ese lugar lo único que hay es una cama y una mesa con dos sillas. No tenía pensado utilizarlo y es lo único que dejé aquí.

Y sin embargo, ahora hasta sobran la mesa y las sillas.

Ella no deja de besarme, como si estuviera hambrienta, y creo que yo también lo estoy. No puedo dejar de acariciar su cuerpo, sólo deseo desnudarla y saborearla entera.

Ella intenta quitarme la ropa pero no me atrevo aún a que me vea desnudo, es más, quisiera que no me viera desnudo, aunque la luz que entra por la ventana es muy débil como para que vea bien todos mis defectos.

—Necesito tocarte —me ruega cuando aparto sus manos para que no me desnude.

No puedo luchar con ella, así que dejo que haga lo que quiera mientras la desnudo también arrastrando su vestido hacia el suelo. Le quito el sujetador y ella se quita las braguitas tan rápidamente que parece que no ha tenido sexo en años.

—¿Qué... —intenta preguntar cuando desliza sus manos por mi espalda.

—No me toques —le ruego—. Deja que yo te toque a ti.

—¿Son cicatrices?

No quiero responder a eso, sólo quiero que me deje besarla y seguir con lo que hacíamos, por eso no le contesto y sigo besándola. Sigo acariciando su cuerpo y la echo sobre la cama. Ella no vuelve a preguntar y se lo agradezco. Simplemente me abraza de nuevo en la oscuridad y me besa de una forma tan delicada, tan suave que siento que estoy en el cielo. Jamás hice esto así, nunca nadie me acarició de esta forma, con..., con ternura.

Sí, esa es la palabra, ternura, es extraño que piense esto, que ella me haga sentir así, no sé si es bueno sentirme así, pero tampoco puedo dejar de desear que siga haciendo todo lo que hace.

Me acaricia la creciente barba y luego los labios mientras yo me echo sobre ella para que sienta mi erección en su vientre. La noto moverse bajo mi cuerpo buscando mi sexo con el suyo, y cuando están tan cerca como para entrar, bajo mi mano derecha entre nuestros cuerpos para meter el índice en su interior. Aprieto mi mano en su sexo fuertemente y la oigo gemir y desear más. Está tan húmeda que no puedo evitar desear saborearla.

—¿Qué haces?

—Necesito probarte —digo bajando hasta su sexo para lamerla.

Ella se deja caer en la almohada mientras la saboreo y deslizo mi lengua por su clítoris y su interior.

—Es perfecto —reconozco más para mí que para ella.

—Deja que yo también te dé placer —me ruega ella.

—Ya me lo estás dando —le confieso.

No responde, me permite seguir mientras gime hasta que pone sus manos sobre mi cabeza para detenerme.

—Para por favor, no quiero irme tan pronto, te necesito dentro de mí.

La vuelvo a obedecer y recorro con mi lengua el interior de sus muslos, luego su vientre y después sus pechos, donde me entretengo más de la cuenta con sus pezones hasta que empieza a arquear su espalda y a gemir, levantando también sus caderas para buscarme.

No puedo retrasarlo más, deseo penetrarla, deseo estar dentro de ella.

Y lo hago.

La siento tan húmeda cuando acerco mi sexo al de ella... aguanto todo lo que puedo para ver cómo se retuerce contra mí esperando que la penetre, y cuando lo hago de un golpe fuerte gime como una desquiciada. Se contrae y se acerca más para que vuelva a hacerlo. Si sigue así no podré aguantar mucho más. Es difícil, y su olor, sus gemidos o sus movimientos, no ayudan para poder controlarme.

Acaricio su pelo mientras estoy encima apoyado sobre mis codos y la miro a los ojos, que ya se han acostumbrado a la escasa luz y puedo ver su expresión. Es tan hermosa. Entonces me abraza y me aprieta contra ella mientras sigue moviéndose, porque yo he tenido que parar para no correrme.

—Eres preciosa.

La veo sonreír y morderse los labios después.

—Sigue, por favor, James.

Y casi no me muevo cuando ella empieza a moverse más rápido y a gemir bajo mi cuerpo, y sus gemidos de placer mientras se corre me llevan al éxtasis en convulsiones en su interior. No podía soportarlo más.

—Dios —se limita a decir ella cuando me separo y me quedo a su lado.

No sé si levantarme o no cuando de repente ella se abraza a mí y me aprieta contra su cuerpo, y elimina mis dudas. No puedo moverme de donde estoy, entre sus brazos, ni la dejo moverse a ella abrazándola también.

Jamás he sentido tanto placer con alguien, no sólo el sexo, que ha sido increíble, sino dormir abrazados y despertarnos a la vez mirándonos a los ojos sin poder despegarnos el uno del otro.

—Tenemos que irnos —dice James sin moverse. Como si me diera tiempo para hacerme a la idea, porque debe saber que no soy capaz de aceptar lo que dice. O tal vez él tampoco quiere irse.

—Te necesito otra vez dentro de mí.

James me sonríe y me acaricia la mejilla mientras me mira con esos ojos

azules tan claros como para volverme loca.

—Puede arreglarse —asegura acercándose a mi boca para besarme.

Y cómo besa...

Jamás imaginé que alguien así pudiera ser tan pasional. Cuando lo conocí pensé que era un tipo serio, el típico hombre amargado. No lo es, y si lo es no me importa. Vuelvo a sentir ahora su miembro cerca de mi sexo y me muero de placer, de deseo por sentirlo de nuevo en mí. Me muevo contra él y se desliza en mi interior de una forma tan natural, como si estuviera hecho para mí, como si fuera lo que debía ocurrir, estar juntos.

Y lo volvería a repetir, pero sé que tenemos que irnos, sé que tenemos que volver a la realidad.

Mientras caminamos hacia la nueva base que han establecido, ya que el hotel donde estábamos alojados no era seguro, James ya no me sujeta de la mano y yo no me atrevo a decir nada al respecto. Seguramente se folle a todas las espías que pasen por su camino, a saber lo que hace... Estará acostumbrado a una vida llena de emociones y de situaciones límite, a la adrenalina y todo eso que se ve en las películas de espías. Y yo sé que no debo encariñarme con él, por mucho que me haya gustado, por mucho que me guste. Necesito volver a la realidad cuanto antes, tal vez ver a Claire, una cara amiga, me haga bajar de la nube en la que estoy sentada toda la mañana.

Capítulo 9.

—¿Y bien? ¿Qué dijo el coreano?

—Habló de Margot, de Philip y de la deuda que tenían con ellos. No sabe dónde están, por eso vino a la cita que tenía con los de la organización. En cuanto entró en el país con la documentación falsa la localizaron.

—Y Margot se encargó de informar a los rusos y a los coreanos de la cita en Berna.

—No sé qué tramaba, tal vez que se mataran entre ellos.

—Si pudiéramos encontrarla todo esto acabaría, ella es la que tiene toda la información.

—Pero nosotros tenemos los dos pendrive —dice James sacándolo de su bolsillo.

Chloè se levanta de su silla y se lo quita de la mano boquiabierta.

—Casi me da pena no poder resolver el puzle yo sola, pero con esto acabaré antes —dice ella.

—Todo esto está muy bien, pero los de la organización ¿no esperarán algo a cambio? Yo lo que creo es que me acabo de crear nuevos enemigos —dice Geneviève con toda la razón.

No sé qué pasó anoche entre esos dos, pero James está todavía más raro que antes... Y Geneviève se sigue quejando, pero cuando ha llegado tras él estaba muy callada. Al principio he pensado que había pasado una noche de miedo, es muy normal tras la primera vez que intentan matarte, pero no parece eso ahora que la miro detenidamente. En realidad es más probable que se hayan pasado la noche discutiendo y por eso James parece bastante cansado, abatido diría yo.

Esta misión nos está afectando a todos, tal vez porque desde el principio hemos cometido demasiados errores, sobre todo yo, y me siento culpable por haberla cagado tanto. Primero confundo a Geneviève con la verdadera espía, y luego la metemos en este follón cada vez más. Aunque eso último es cosa de James, y tal vez él también se siente culpable.

Salgo de la sala donde nos hemos establecido, en un piso de la agencia que hemos podido utilizar como base, utilizada en otra misión en Suiza.

James se queda con Chloè y Geneviève sale de la habitación tras de mí.

—¿Tardará mucho? ¿Crees que ya acabará todo esto? —me pregunta cuando cierro la puerta para dejarlos trabajar.

—No lo sé, a veces no es tan fácil como pensamos en un principio. A veces se puede complicar.

Geneviève no protesta, como es habitual, no dice que somos un desastre o que todo se ha organizado mal, sólo se adelanta a mí y coge su bolso.

—¿Dónde vas? —pregunto confuso ante su reacción.

—Esta zona es segura, ¿verdad?

—En principio sí.

—Necesito salir, no puedo estar tanto tiempo encerrada o se me irá la cabeza y volveré a París con mis hijos.

No soy capaz de negarle nada ahora, creo que pasó algo entre ella y James, pero no sé qué y no quiero meterme en ello, siempre y cuando no afecte a la misión.

Claire sale de la habitación justo cuando Geneviève cierra la puerta al salir del edificio.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta bostezando—. ¿Ya ha acabado todo? ¿Podemos volver a casa?

—Lo sabremos dentro de poco, cuando Chloè descifre el contenido de los pendrives.

Ella me mira como si quisiera decir algo pero veo en sus ojos que se lo piensa mejor y decide callar y darse la vuelta.

—Espera.

—¿Sí?

—Gracias por ayudarme ayer con el coreano..., y sobre lo que pasó después...

—No hace falta que te justifiques, yo también quería hacerlo —reconoce alzando la vista cuando me acerco hasta ella.

—Hace mucho tiempo que...

—Yo tampoco —me interrumpe—. Ambos llevamos mucho tiempo sin estar con alguien y eso nos ha afectado, demasiado estrés, demasiadas emociones, no hace falta que me des explicaciones —dice bajando la mirada.

—¿Volverías a hacerlo?

He dejado caer las palabras a pesar de las consecuencias, sin pensar en ellas, o aceptándolas antes de tiempo.

Claire alza la vista de nuevo y asiente sin palabras humedeciéndose los

labios, tal vez sin darse cuenta de que así me provoca más que si dijera algo.

—¿Sólo volver a besarte?

Niego con la cabeza y no puedo evitar sonreír.

—Si no nos interrumpe esta vez otro coreano...

La vuelvo a besar bajando la cabeza para alcanzar sus labios y lamerlos lentamente y ella levanta las manos para atrapar mi cabeza y profundizar su beso. Me encanta cómo lo hace, cómo con sus manitas me acaricia la nuca.

—¿Has oído eso? —dice separándose de mí y girando la cabeza.

—Maldita sea.

Se abre la puerta de la sala donde trabajaban Chloè, George y James.

—¿Habéis logrado algo? —preguntamos al unísono Claire y yo.

—Algo —dice apesadumbrado James.

Debe estar muy preocupado si no se ha dado cuenta de que Claire se está ajustando la falda y yo estoy algo nervioso.

—Necesitamos encontrar a Margot, hemos descifrado los pendrives, son los planos del arma, pero falta la información que tiene ella, lo que tenemos sólo sirve para hacer marketing con los clientes. George está investigando todos los posibles movimientos que pudo hacer Margot para salir de Berna.

—Si es que salió de aquí.

—Exacto —confirma James con una sonrisa forzada, porque sus ojos expresan preocupación—. ¿Dónde está Geneviève?

—Ha salido.

—¿Cómo? —pregunta alarmado—. ¿La has dejado salir?

Su mirada acusadora me deja sin palabras y me limito a encogerme de hombros hasta encontrar algo que decir.

—Ha dicho que sólo quería salir un momento, no es peligroso.

—La están buscando todos para conseguir la información que creen que tiene, no puede salir a ningún sitio. Si la encuentran la torturarán para que hable, y no sabe nada. No sabe dónde están los de la organización, no puede ponerse en contacto con ellos para finalizar la compra, no sabe nada para evitar que la maten.

No me da opciones a decir nada más porque sale del edificio corriendo.

La angustia que siento mientras busco a Geneviève por cada calle, cada manzana alrededor del edificio donde nos hemos instalado a las afueras, me quema por dentro. Si le pasara algo no sé, es que no quiero ni pensarlo.

Llamo a Chloè y le pido que la busque, llevaba un dispositivo en el bolso. Lo tendría que haber pensado antes, pero los nervios me están dejando sin

capacidad de reaccionar como debería. Esto no me ha pasado jamás.

—Se aleja demasiado rápido, va en un coche —me explica Chloè.

—¿Hacia dónde va?

—Al sur. Te mando señal.

Todo lo que se me pasa por la cabeza en los siguientes minutos es para volverse loco. Sólo de pensar lo que puede estar sufriendo, las cosas que podrían hacerle o incluso que puede estar muerta, me hacen pasar los peores momentos de mi vida. Ahora comprendo mejor que nunca por qué no tenemos la opción de tener pareja en esta profesión. Es demasiado doloroso. Nos volveríamos todos locos ante algo así.

Mientras conduzco como un desquiciado y miro en el gps que estoy bastante cerca de ella se me pasan por la cabeza cien mil posibilidades sobre lo que puede estar pasando. Las menos traumáticas son que ella misma ha decidido marcharse, eso me calma, pero las peores y más probables son que alguno de los que la están buscando la ha localizado y le quedan horas de vida, si es que está viva...

—Se ha perdido la señal —dice Chloè preocupada.

Pasan cuatro segundos desde que oigo la voz de Chloè con las peores noticias que podía haberme dado hasta que veo el cielo abierto viendo a una mujer rubia conduciendo delante de mí muy parecida a Geneviève. La habría confundido con ella de no ser porque pasé la noche observándola y memorizando cada centímetro de su piel y de su pelo para recordarla siempre, porque temo que cuando todo esto acabe no querrá volver a verme...

—Seguidme a mí, la he localizado —le digo a Chloè con un tono de esperanza—. Es Margot.

—Eduard también te está siguiendo —me informa mientras intento no perderla, porque va adelantando a todos los coches como si le fuera la vida en ello.

—A veces la tecnología es una mierda —dice al fin Eduard—. No podía comunicarme.

Lo veo en el coche de atrás y siento que todo saldrá bien, necesito que salga bien, necesito recuperar a Geneviève. La necesito.

Salimos de la ciudad y nos metemos por una carretera con un solo carril para cada sentido. No sé dónde vamos, pero parece que quiere ir a la montaña. Espero que no se vaya la señal.

No me gusta tanta nieve y tanta montaña, las rocas todas nevadas y ese frío del demonio. No me gusta no tener el control, haber perdido a Geneviève, no

saber si estará viva. Otra vez los pensamientos negativos me asaltan y sé que no estaré bien hasta que la vea.

De pronto se desvía y se mete por un camino que no está asfaltado, sabe que la seguimos, y no soy capaz de pensar que podría haber más gente esperándonos, no soy capaz de razonar, sólo quiero que pare y ver a Geneviève viva.

—¿Nos sigues? Chloè —pregunto angustiado.

—Sí, no he perdido señal.

Su confirmación me hace recuperar la cordura, la voz de alguien y no la mía diciéndome que puede haberle pasado algo a Geneviève.

El coche de Margot se detiene al final del camino y yo y Eduard paramos tras él.

Hay una casa a nuestra derecha, de madera, debe ser un antiguo refugio por si alguien se pierde en la montaña, no es que esté muy bien conservado, pero la luz de su interior está encendida.

Nadie sale del coche y Eduard y yo tomamos la iniciativa. Es lo más estúpido que he hecho en mi vida, pero necesito verla.

—Eduard —digo cuando bajo del coche y lo veo frente a mí con una pistola en la mano.

En una milésima de segundo tengo una pistola en mi mano y estoy frente a la ventanilla del conductor del coche que hemos seguido. Hay una mujer rubia con la cabeza apoyada entre sus brazos cruzados sobre el volante. De pronto, cuando nota mi presencia gira la cabeza y me mira con los ojos cansados.

Capítulo 10.

—Es James —le explico a esa mujer para que se tranquilice. Desde la ventana tintada de atrás puedo ver hasta su expresión, está preocupado.

No espero a que reaccione y salgo corriendo del coche para abrazar a James, que se queda paralizado con la pistola en la mano. Le he besado, no sé por qué lo he hecho, pero él me devuelve el beso hasta que Eduard se acerca.

—Lo siento.

James me mira confuso y abre la boca para decir algo tras negar con la cabeza, pero Margot, o mejor dicho, Joelle, sale al fin del coche, al ver que le besaba.

—Creía que eran de la organización —explica ella.

—Tenemos que hablar —dice James.

Ella asiente y nos precede hasta la casa de troncos, que por dentro está preparada para pasar bastante tiempo. La luz está encendida, así como la chimenea. Oímos unos ruidos y vemos a un hombre cojeando salir de una habitación bastante sorprendido. Nos mira a todos por unos segundos y luego camina apoyándose sobre un bastón hasta el sofá.

—¿Philip? —pregunta James.

Él asiente.

Una hora después Joelle y Philip nos han explicado cómo desaparecieron cuando lo descubrieron a él, al que dispararon en la pierna tras la primera cita que hubo en el hotel donde casi nos matan ayer.

—¿Quién intentó mataros? —pregunto asustada, porque esos mismos podrían conseguirlo conmigo si me confunden con Joelle.

—Hay un agente doble en la agencia francesa —asegura Philip—. Hizo un trato con los rusos. Ellos intentaron matarnos. Los de la organización todavía no saben nada, no se han podido poner en contacto con ellos, porque Joelle y yo éramos lo intermediarios.

—Creíamos que habíais engañado a los rusos para quedaros el dinero.

—Ojalá —dice Joelle—. Llevamos aquí escondidos desde que le dispararon. Pero tenía que acudir a la cita con la organización en el hotel y ayer cuando vi a Geneviève supe que la habíais contratado para sustituirme y

necesitaba ponerme en contacto con vosotros. La seguí hasta la base, pero os perdí varias veces. Ha sido casualidad verla esta mañana mientras la buscaba —le explica a James.

—Comprendo —dice James—. Ahora vendréis con nosotros y nos darás toda la información que tengas sobre la organización. Cuanto antes acabemos con todo esto antes podremos acabar esta misión.

Las palabras de James me producen sentimientos contradictorios, por un lado quiero que esto acabe, pero por el otro, le voy a echar de menos. Lo miro desde su derecha y veo su perfil serio y concentrado, me parece tan atractivo cuando está así, pensando en cómo continuar la misión.

Cuando lo veo pensativo siempre me pregunto qué habrá dentro de su cabeza, qué habrá vivido, qué habrá hecho. Me gustaría saber todo sobre él y a la vez hay cosas que sé que sería mejor que nadie más supiera.

—Tenemos que ir a París, es allí donde están, me estarán buscando, y si no vuelvo sospecharán. Menos mal que encontrasteis una doble, si no toda la misión se habría ido al garete.

Eduard y James se miran algo incómodos por la alusión a “la doble”, es decir, yo. Porque en realidad sólo fue un error que cometieron, pero parece que no quieren admitirlo aún delante de ella.

—¿Tenéis los otros pendrives? —pregunta ella ante el silencio de los demás sacando del bolsillo de su gabardina el que tiene ella.

—Esto me lo quedo yo —dice James con una sonrisa tensa alcanzándolo de sus manos y guardandoselo en el bolsillo de su pantalón.

—¿Es posible que el agente doble haya informado a los de la organización? —pregunto confusa, creo que hay un lio enorme aquí.

—Si lo hubiera hecho estarías muerta, además no tiene contacto con ellos, no sabe quiénes son, sólo Joelle tenía contacto —asegura Philip.

—¿Y tú sabes quién es? —pregunta Eduard.

—Puede ser cualquiera de mi equipo —reconoce Philip intentando levantarse del sofá.

Joelle va en su ayuda y Eduard, James y yo nos miramos confusos. Hay demasiados problemas y no sabemos si esto se podrá resolver pronto, pero por alguna razón no me preocupa que se alargue más de la cuenta, porque necesito más tiempo con James, me encanta estar a su lado y le necesito aunque sea unos días más.

—Vamos.

Geneviève apenas ha abierto la boca hasta que llegamos a París, está

irreconocible. No sé qué le ha pasado con James, pero están rarísimos los dos. Le he preguntado a Eduard, pero no quiere hablar de ello, eso es lo que me ha dicho literalmente, no sé si es que están enfadados, cosa que no me extrañaría. También le he preguntado si ya puedo volver a mi casa y tampoco responde, se limita a decir que es peligroso aún, que pueden utilizarme para encontrar a Geneviève y no podría explicar que no es a quien buscan. La verdad es que nadie creería lo que ha pasado... Es tan absurdo. A mí misma me cuesta creer que confundieran a Geneviève con una espía internacional. Y que yo ande metida en este embrollo sólo por ser su amiga. Aunque tengo que reconocer que llevo una semana de lo más tranquila, creo que estresa más tener tres hijos que ser espía. Dentro de lo malo estoy disfrutando de unas minis-vacaciones...

Nos hemos instalado en una nave industrial a las afueras de París, un lugar que no aparenta lo que es cuando se ve desde fuera. Parece una fábrica en sus horas bajas, sin embargo por dentro tiene la última tecnología. Debe ser la base de todos los equipos que trabajan actualmente en la zona, hay mucha gente yendo y viniendo y por dentro está compartimentado en distintas estancias para que puedan trabajar en las diferentes misiones cada uno de esos equipos.

—No creo que debiéramos conocer este lugar, si alguien nos secuestrara y nos preguntara tengo que decirte que hablaría muy rápido... —le confieso a Eduard susurrándole al oído.

Él me sonrío y yo, sinceramente, no le veo la gracia por ningún lado.

—No os van a secuestrar, y si lo hicieran debes saber que cambiamos muy a menudo nuestra ubicación.

—Es un alivio —digo no muy convencida mirando a mi alrededor mientras nos dirigimos hacia la sala donde están instalados ya Chloè, George, James, Joelle y Philip, que no se atreve a aparecer aún ante el equipo francés, ya que podrían matarlo, al menos hasta que no sepa quién es el topo.

A mi espalda está Geneviève, que nos sigue a pocos pasos junto a Gerard.

—¿Qué pasará ahora?

—James está analizando con los demás la información de Joelle y Philip, todo depende de ellos. Nosotros sólo cumpliremos órdenes, tenemos que esperar —me explica Eduard.

—Es que creo que le pasa algo a Geneviève, la veo tan rara desde que estuvimos en Berna.

Eduard se gira y observa unos segundos a Geneviève y a Gerard, después me mira a mí y me sonrío.

—Creo que le gusta James.

—¿Cómo?

—No me gusta entrometerme, pero le besó cuando la encontró con Joelle.

—No me ha dicho nada —digo boquiabierta.

—Déjalos —me interrumpe cuando voy a girarme para hablar con ella—.

No sé qué se le pasa a James por la cabeza, nunca he tenido tanta confianza y creo que es mejor así. Es un hombre complicado y si le gusta necesitarán tiempo.

—Pero creía que vosotros no podíais tener pareja —dejo caer por si hubiera alguna esperanza para mí también. Porque Eduard está como un queso...

Él duda unos segundos y se detiene ante la puerta de la sala donde están los demás con la mano apoyada en el lector de huellas, pero sin poner aún el índice.

—A veces la vida es más complicada que unas normas —dice antes de colocar el dedo en el lector y que cambie la luz al verde.

Se ha quedado agusto diciéndome eso. ¿Qué significa? ¿Que pueden cambiar de parecer según les apetezca? ¿Que las normas son un cuento chino para que las pobres tontas enamoradas no se hagan demasiadas ilusiones? ¿Que son como el agente 007 y en cada misión tienen una chica Bond? ¿Eso nos convierte a Geneviève y a mí en chicas Bond? Al final los ultrasonidos si que han funcionado... Y eso que sólo me hice dos sesiones. Si llego a hacerme dos más no sé qué hubiera sido de mí... ¿Tendría que llevar guardaespaldas?

—Claire... —dice bajo el marco de la puerta.

—¿Sí? —pregunto esperanzada.

Entonces, cuando parecía que iba a decir algo importante, cuando sus pupilas se dilataban al mirarme y sus ojos verdes eran más expresivos dice:

—Vamos, no te quedes ahí.

No quiero parecer una desquiciada, pero cada vez que veo a James con Joelle me hiere la sangre. Es que en realidad soy una mala copia de una verdadera espía... Además, yo ya no tengo nada que hacer aquí, digamos que no pinto nada. Estoy porque si vuelvo a mi casa me van a matar esos rusos, que todavía quedan algunos. Lo mismo le pasa a Claire, está aquí porque nos han liado esos inútiles, bueno no son tan inútiles, algunas cosas las hacen bien, pero deberían ser más detallistas y no confundir a madres estresadas con espías...

—Claire, ¿qué estarán haciendo James y Joelle ahí dentro?

—Cosas secretas —me responde alzando las cejas dos veces como si fuera un mensaje en clave.

—Tú sabes algo...

—Sé que besaste a James —me suelta sin contemplaciones.

—Estaba muy estresada, estábamos en una persecución, al principio creí que me secuestraban, porque Joelle me hizo entrar en su coche con una pistola. Luego me lo explicó todo, pero tuve los nervios de punta todo el rato, luego nos perseguían y hasta que no paramos no vi que era James, pensaba que eran los rusos o los coreanos —le explico rápidamente sin tomar aire en ningún momento.

Claire me mira entrecerrando los ojos y luego sonrío.

—Bueno, cálmate, no es una acusación. De hecho te voy a confesar algo, Eduard me pone muchísimo, y bueno, me lo he follado un par de veces.

Mi cara de sorpresa debe ser digna de una foto para las redes sociales, porque ella se ríe todavía más.

—Está buenísimo —explica.

—Sí que lo está —admito.

—Pero es mío —aclara por si acaso. Y es entonces cuando yo empiezo a reír también.

En ese instante James sale de la sala donde estaban hablando con Joelle, y también sale George. No sabía que también estaba George y siento un gran alivio. James me mira frunciendo el ceño y yo le devuelvo el gesto.

—Tengo que hablar contigo, a solas —me dice James—. Claire, ve con Gerard, no deberías si quiera estar aquí.

—Pero si Eduard me ha dicho...

—Olvídate de Eduard —la interrumpe y Claire baja la vista al suelo.

¡Qué poco tacto tiene James! Voy a tener que leerle la cartilla... Le sigo cuando se da la vuelta y entro tras él en la sala donde ha estado antes con Joelle. Hay una mesa larga de color blanco y un montón de sillas a su alrededor, la típica sala de reuniones con un proyector y una pantalla tras la cabecera.

Cuando cierra la puerta me giro y lo encaro.

—¿No te das cuenta de que Claire está pillada de Eduard? Has sido muy descortés con ella.

—¿De qué me estás hablando? —dice dando un paso adelante y acercándose más a mí.

—De que podrías tener más tacto con la gente que te rodea. He visto cómo

les hablas a veces a tus “súbditos” y sinceramente, así no se puede dar órdenes, la gente trabaja con miedo en lugar de con ganas. Podrías pedir las cosas de otra manera —digo cruzándome de brazos.

—¡Son agentes! No son oficinistas, tienen que obedecer órdenes —recalca llevándose la mano izquierda a la cabeza mientras niega con ella.

—Aún así no me parece bien, y la pobre Claire se ha quedado chafada.

—Es que Eduard no debería haberla traído aquí, al final nos matarán a todos por estas tonterías... Pero no es por esto que tengo que hablar contigo —dice recapacitando un momento mirando hacia un lado del suelo—. Joelle tendrá que contactar con la organización y Philip con su gente, es la única manera de desmantelar todo y encontrar al topo.

—¿Y qué pinto yo en esto? Si ya está aquí Joelle, que haga ella lo que tenga que hacer.

—Tienes que citarte con los rusos, Joelle lo preparará todo, pero es que ellos te conocen a ti, no a Joelle. Lo único que tienes que hacer es llevarles a un punto de encuentro, y aceptar sus condiciones de compra.

—¡Pero si querían matarme!

—Porque pensaban que habías desaparecido con el dinero. Pero tú les llevarás esto —dice alzando la mano con un pendrive y poniéndolo delante de mis ojos—. Y a los coreanos también.

—No sé, lo veo difícil.

Él se acerca a mí y me acaricia la mejilla mirándome con esos ojos azules que me vuelven loca.

—Tal vez pueda convencerte —sugiero a Geneviève y creo que es la primera vez en mi vida como agente que uso mis “dotes seductoras”, por llamarlo de alguna manera, para convencer a alguien de algo. Pero si con ella funciona...

Entonces ella me mira bajando los párpados y se muerde los labios. Ya no sé si la beso para convencerla o porque realmente necesito hacerlo.

Llevo días queriendo hacer esto de nuevo, bueno, un día, pero me ha parecido eterno todo ese tiempo. Y creo que ya de paso me la voy a follar aquí mismo, porque cuando la beso y sujeto su barbilla la oigo gemir y yo no soy de piedra, he sido de piedra mucho tiempo, pero ya no puedo más. La subo a la mesa alzándola por las caderas y no me entretengo mucho más, no tenemos tiempo, bajo mis pantalones y la penetro con fuerza. La oigo gemir y abro los ojos antes de teparle la boca.

Ella quita mi mano de su boca y me agarra por la nuca para besarme y así

contener sus gemidos. Yo estoy haciendo también un esfuerzo por no emitir ningún sonido. Acaricio su cabeza mientras la beso y sigo moviéndome dentro de ella.

—Tenía tantas ganas de esto —le confieso cerrando los ojos unos segundos mientras sujeto su cabeza con mis manos.

Ella también me sujeta igual y me obliga a mirarla. Entorna los ojos y se humedece los labios al hacerlo.

—No sabes cuántas tenía yo.

Entonces Geneviève baja sus manos a mi trasero y me aprieta contra ella.

—Bésame o gritaré en breve —me susurra al oído.

La obedezco abriendo los ojos de nuevo y ella me obliga a moverme más deprisa. Noto cómo se contrae alrededor de mí y me dejo ir dentro de su cuerpo.

—¿Repetiremos esto? —me pregunta y me deja atónito.

La primera vez que lo hicimos pensé que en realidad era sólo por el miedo que había pasado cuando intentaron matarla y en cierto modo una mezcla de agradecimiento por salvarla. Pero ahora estaba enfadada, y mucho, cuando ha entrado por la puerta que está a mi espalda.

No entiendo a las mujeres, o no entiendo a Geneviève. O hace tanto tiempo que no he estado realmente con una mujer, que no sé qué piensan. Es decir, no he tenido nunca una pareja que durara más de unos pocos meses, o semanas... Más bien semanas...

—¿Quieres repetir? —pregunto estúpido.

Ella me mira frunciendo el ceño.

—Sólo quieres que trabaje en esa misión. Está bien, te lo has ganado —dice bajándose la falda y saliendo a continuación de la sala, tan rápidamente que no me da tiempo a explicarle nada. No me la he follado para que aceptara trabajar en esto de nuevo. ¿No sé da cuenta de que la necesito? ¿No se da cuenta de que cuando se la llevó Joelle casi me da un infarto en ese maldito coche que robé para seguirla?

Salgo detrás de ella y ya no la veo, al menos en la siguiente sala, donde están Chloè y George trabajando con la información que les ha proporcionado Joelle delante de las pantallas de los ordenadores.

—¿Dónde están?

George se gira en su silla y se encoge de hombros. Chloè sólo me mira por encima de las gafas y refunfuña algo. ¿Acaso me están perdiendo el respeto? A ver si voy a refunfuñar yo y se les quita la tontería.

Capítulo 11.

Geneviève está preparada y yo no soy capaz de mirar otra cosa que no sea su cuerpo, sus ojos. Me gustaría acompañarla, pero sospecharían de mí y podría tumbar la misión. Tiene que ir con Gerard, que no se entera de nada. No sé cómo sigue vivo, no por estar en esta misión, sino porque no sabe ni comer por sí mismo, si no fuera porque Geneviève está siempre pendiente de él, seguramente moriría de inanición, por eso me pregunto cómo sigue vivo y ha llegado a su edad sin la ayuda de nadie.

—Estaremos enfrente, si pasa algo sólo tienes que decirlo. De todas formas tienes esto —le entrego un arma pequeña para que la guarde en su bolso.

—De acuerdo —dice ella con una tranquilidad que no he visto en otros agentes, ni siquiera yo la tengo ahora mismo.

—Estoy contigo —le repito.

Ella me mira confusa y luego se da la vuelta y me da la espalda. No he vuelto a hablar con ella desde ayer, no quería verme, y me duele. No sé por qué, no estoy acostumbrado a nada de esto, a tratar con mujeres. No sé qué le pasa, sinceramente.

—Claire —le digo a la otra cuando Geneviève está entretenida con Gerard explicándole lo que tienen que hacer esta noche.

—¿Sí? —responde ella.

—¿Qué le pasa?

Ella me mira de arriba abajo y luego sonrío con malicia. No sé qué estará pensando, pero no me gusta.

—Creo que tú tienes algo que ver.

—¿Yo? Pero si no he hecho nada.

—No hay quien os entienda —se limita a decir y desaparece de mi vista.

—¿Pero qué he hecho? —le pregunto a George que se encoge de hombros sin saber qué decir.

Mientras seguimos su coche la veo tocarse el pelo desde la furgoneta y a veces me mira desde el espejo retrovisor. No entiendo nada. Ayer me rogaba con su cuerpo que la tocara, que le hiciera el amor, y hoy está arisca como un

gato rabioso, le ha faltado bufarme, porque arañarme lo hizo ayer... Aún tengo las marcas de sus uñas en mi trasero...

Nosotros nos detenemos cuando cruzamos el puente de l'alma y ella continúa para meterse en el Museo de arte moderno, donde ha contactado con los rusos para hacer un trato, gracias a la información que nos ha dado Joelle, de quien todavía no acabo de fiarme, aunque de momento todo lo que ha dicho era verdad.

Tenemos un problema al no poder contar con los agentes franceses, pero sabiendo que hay un topo, nos hemos limitado a seguir por nuestra cuenta. No me gusta, es demasiado peligroso para Geneviève. Bueno y para Gerard...

Veo en una de las pantallas de la furgoneta de seguimiento en la que estamos apostados cómo Geneviève se mira en los espejos de una obra de Nicolas Schoffer que va girando y ella va detrás, lo veo en la cámara de Gerard, que se ha detenido para esperarla.

—Geneviève, ¿qué haces? —le pregunta Gerard. Se me ha adelantado, porque iba a preguntar exactamente lo mismo.

—Quería tener un buen aspecto, por si nos matan —dice ella irónicamente. Nunca entenderé por qué se para en cada espejo que ve.

Niego con la cabeza y observo por la ventanilla que hay dos coreanos pasando frente a la furgoneta.

—Eduard, síguelos.

—¿Qué pasa? —pregunta Geneviève.

—Sólo vamos a comprobar el perímetro —le explico para que no se alarme.

—No me gusta el arte moderno —se queja Geneviève.

—Ni el pop coreano —dice Gerard.

Pues les siguen dos coreanos, pero no quiero que lo sepan aún. Ni tampoco quiero que sepa ella lo preocupado que estoy, no quiero que se ponga nerviosa, eso podría destaparla y haría que la mataran.

Y sin embargo me muero por salir de la furgoneta y sacarla de allí.

Geneviève y Gerard al fin alcanzan “Murs de peintures”, frente al cual se encontrará con los rusos.

—No veo a ningún ruso —dice ella—. A lo mejor no vienen.

—No quiero estar aquí —la apoya Gerard.

—Esperad —les ordeno con un tono autoritario, aunque ellos no son agentes ni trabajan para mí.

A través de la cámara de Geneviève observo a la espalda de Gerard un

hombre bastante corpulento.

—Margot —dice con un marcado acento ruso cuando se acerca a Geneviève.

Ella asiente con la cabeza y el hombre la mira detenidamente unos segundos.

—Seguidme.

—¿Dónde vamos? —pregunta ella intentando parecer natural, pero se nota que está nerviosa en la voz.

—Vladimir quiere hablar con vosotros.

Yo le susurro a Geneviève a través del auricular que la seguiremos, que es lo que buscábamos sólo que va a ocurrir antes, que así detendremos a todos de una vez. Ella no me contesta, no puede hacerlo.

Apago el auricular de Geneviève unos segundos para hablar con Eduard sobre los coreanos que está siguiendo.

—Se han metido en un coche, los sigo —responde Eduard.

—No vuelvas a coger un lambo... —le ordeno.

—No veo ninguno, aquí sólo hay un 206 —me responde riendo.

No sé qué le pasa a Eduard, no me ha respondido nunca de esta forma. Tal vez ni yo mismo me comporte como siempre. Son esas dos, Geneviève y Claire, que nos están volviendo locos. Porque he visto cómo se miran Eduard y Claire..., pero no he sido capaz de decirle nada a él, al fin y al cabo quién soy yo para hacerlo.

Gerard y yo seguimos al ruso con toda la naturalidad de la que somos capaces de reunir. A pesar de la rabia que siento hacia James, después de cómo me ha tratado, saber que está cerca, siguiéndonos, me hace sentir más tranquila. El ruso nos ha puesto una bolsa de tela en la cabeza en cuanto nos hemos metido en el monovolumen y sólo con su voz autoritaria nos hemos mantenido quietos sin quitárnosla. En cuanto se ha parado el coche en el garaje de un edificio nos ha quitado la bolsa.

—Bajad —dice el ruso.

Al menos no nos han atado. No sé cuánto tiempo hemos estado dentro del coche, pero me ha parecido una eternidad.

—¿Estás bien? —pregunto a Gerard que parece que se ha drogado.

—Demasiadas curvas y sin ver nada...

El ruso nos mira frunciendo el ceño y se da la vuelta diciendo que le sigamos. Yo miro a mi alrededor observando los coches de “gama alta” que parecen pertenecer a un coleccionista millonario. No es que lo parezca, es que

lo serán... Me parece que nos hemos metido en la boca del lobo. Sólo espero que James llegue pronto. Y que no haya perdido nuestra señal, porque hace un buen rato que no lo oigo.

Subimos en un ascensor hasta la cuarta planta y el ruso evita mirarnos durante el incómodo momento. Gerard está sudando y yo me dedico a rezar en silencio ante lo que pueda pasar ahí arriba.

Al fin se abren las puertas y aparece ante nuestros ojos un enorme salón circular con un gran ventanal y vistas a un viñado.

—Al fin nos conocemos, Margot —dice un hombre de mediana edad, sentado en un sillón que mira hacia el ventanal.

Estoy por decir que sí y que vaya ilusión me hacía hasta que al fin oigo la voz de James diciéndome que están cerca, que ha habido una pequeña complicación, pero que está todo resuelto.

Yo lo mato, cuando todo esto acabe.

—Sin embargo —continúa ese hombre, que deduzco debe ser Vladímir—. Hay alguien a quien no deseaba ver aquí...

El hombre que nos ha conducido hasta aquí y otro más que ya había en la habitación atrapan a Gerard y se lo llevan.

—Pero, ¿qué hacen? —digo volviéndome hacia ellos.

—Era un agente francés —dice a mi espalda Vladímir.

—No es agente francés, trabajo con él, no es Philip, podéis comprobarlo. Philip está muerto.

Vladímir me mira ahora frunciendo el ceño y entrecierra los ojos después.

—¡Iván!

Uno de los hombres que debe haber apostados tras la puerta entra y asiente ante las nuevas órdenes de Vladímir.

Sólo ruego por que James llegue a tiempo, tal vez confesando que no es Philip haya ganado unos minutos para él. De todas formas Gerard parecía desvanecerse cuando se lo han llevado. Me temo que no estamos hechos para esto...

—Ahora espero algo de ti —dice Vladímir levantándose y acercándose a mí.

No dudo un segundo en sacar el pendrive que me ha dado Chloè y ponerlo delante de sus ojos, sujetándolo con el índice y el pulgar nada más.

A pesar de la decoración barroca de este salón, que debe ser la torre del chateau donde nos han traído, tiene lo último en tecnología. Hay un hombrecillo con gafas sentado en una mesa a un lado que atrapa el pendrive

que le ofrece Vladímir. Espero que dé el pego y acepten el intercambio, o que venga de una maldita vez James.

Tardan unos minutos que se me hacen eternos en comprobar el contenido del pendrive y el hombrecillo asiente sin ninguna expresión en su rostro. Vladímir sonríe mostrando un diente de oro.

—Hay un problema —dice Vladímir volviendo a caminar hacia mí.

—¿Qué problema? —digo apenas sin voz.

—Has hecho un trato con esos coreanos.

—¿Yo? —pregunto alargando la o como si así fuera a alargar mi tiempo...

—Sí, tú.

—Yo no —vuelvo a repetir a ver si viene de una vez James.

—Has vendido estos planos a demasiada gente. Digamos que estoy celoso —asegura enseñando otra vez todos los dientes.

—Pero si no me gustan esos coreanos, me persiguen a donde quiera que vaya, de hecho estoy harta de ellos —le explico con toda la sinceridad del mundo. Aunque también estoy harta de los rusos, pero eso lo omito ahora.

—Como comprenderás no puedo tener competencia. Y si ellos consiguen los planos podrán vender las armas y quitarme mercado. Y si sigues viva estoy seguro de que se lo venderás.

La verdad que no sé cómo rebatir lo que acaba de decir. Podría empezar diciéndole que no soy Margot, ni siquiera soy espía, ni trabajo para la organización.

—Yo no soy...

El ruido seco en la puerta de madera maciza a mi espalda me interrumpe cuando había ideado una respuesta para salvar mi vida unos minutos más.

Cuatro agentes aparecen tras la puerta abriéndola de golpe y tras ellos James. Estoy estirando mis labios para formar una enorme sonrisa cuando Vladímir me agarra del cuello y aprieta un arma contra mí. Es demasiado grande y fuerte para poder soltarme y James me mira con impotencia durante unos segundos.

—Primero mataré a Margot, y luego a todos vosotros.

—Yo no soy Margot, soy administrativa —digo al borde de las lágrimas.

Empiezo a forcejear con él y veo que James, que tiene la pistola en la mano, está dudando. Yo me relajo y él me agarra con más fuerza.

—Si me matas te matarán a ti —le recuerdo.

En los segundos que él duda James levanta el arma y le dispara en la frente directamente mientras yo vuelvo a dejar de forcejear para caer de entre sus

brazos al suelo.

Todo ha pasado tan rápido que no me ha dado tiempo de pensar qué ha pasado en realidad. Hasta que caigo en la cuenta de que James podría haber fallado, que ha arriesgado mi vida.

—¿Te das cuenta de que me podría haber matado? —le grito.

—Pero no lo ha hecho —se excusa antes de abrazarme.

Sigo cabreada con él, pero dejo que lo haga. Si a él no le importa que esos agentes nos estén mirando, no le voy a dar yo tampoco más importancia.

—Gerard —recuerdo mientras respiro en su cuello.

—¿Qué?

—Se lo llevaron creyendo que era Philip —le explico apartándome unos centímetros de su cuerpo.

—Eduard, confirma —dice él sin apartar sus ojos azules de mí.

—Gerard se ha desmayado, pero está bien —responde Eduard por el auricular.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —le reprocho.

—Eduard estaba siguiendo a los coreanos, tuve que contactar con más agentes y organizar la detención. Te estaban siguiendo también.

—Al menos habréis detenido a todos... Espero que haya valido la pena.

—Están todos detenidos —confirma sonriendo.

—No sé si te voy a perdonar esto.

Él me mira con una intensidad que no le he visto nunca y me responde dejándome sin palabras.

—No sé si me perdonaré yo alguna vez.

Ya ha acabado todo, al menos en lo que respecta a los clientes, que eran los que querían matarnos, aún quedan los de la organización, los que han creado las armas de ultrasonidos, pero de eso se encargarán James y los demás agentes reales, espías de verdad.

James nos ha asegurado que aunque los gobiernos de los que han detenido son los que originariamente querían el arma de ultrasonidos, los que querían matarnos a mí, a Gerard y a Claire, ya están neutralizados, palabras textuales. De la “organización” se encargarán Joelle y los demás.

Así que nosotras hemos vuelto a nuestras vidas, al igual que Gerard. Es extraño volver a la rutina, hemos pasado dos semanas de locura total y ahora parece como si hubiera sido un mal sueño, salvo por una cosa, por James, al que vi ayer por última vez y no consigo sacar de mi cabeza. Creo que me he enamorado de él como una tonta. Claire se ha quedado en mi casa a dormir

durante esta semana porque aún no tiene que recoger a sus hijos y dice que le da miedo estar sola, aunque yo creo que también echa de menos a Eduard, del que aunque no me ha dicho nada, sé que está bastante colada por él.

—¿Has hablado con Philip y con Alain? —me pregunta sentándose en el sofá conmigo y dejando en la mesita que hay delante un par de tazas de chocolate caliente.

—Sí, parece que están bien, bueno, como siempre, su padre se está volviendo loco con ellos, pero le viene bien —respondo con una sonrisa.

—Tal vez a nosotras también nos venga bien estar con ellos de nuevo, no sé, no me gusta estar sola —confiesa cogiendo una de las tazas para calentarse las manos mientras observa su interior con la mirada vacía.

Yo asiento con la cabeza y cojo también mi taza.

—Lo echaré de menos...

No hace falta que dé más detalles, ella sabe que es a James a quien echaré de menos, evidentemente no a correr riesgos, no echaré de menos que me apunten con una pistola o que me persigan los rusos.

—Y yo... —dice antes de soplar el contenido de su taza.

Ambas suspiramos hundiéndonos en el sofá apesadumbradas.

—Tal vez si vemos una película. Es que es pronto para dormir —sugiero.

Estoy eligiendo una en la aplicación del móvil de la suscripción de películas cuando Claire suspira y empieza a llorar.

—No quiero hacerme más ultrasonidos.

Yo me quedo paralizada con el móvil en la mano mirándola boquiabierta. E inmediatamente la abrazo.

—Lo sé, cariño, si yo estoy igual, le echo mucho de menos.

Alguien llama a la puerta y nos separamos.

—¿Has pedido una pizza? —me pregunta Claire.

—No.

Ambas nos miramos y luego a la puerta, a la que han llamado de nuevo con dos golpes.

—¿Me vais a abrir?

Es Gerard, y Claire y yo nos levantamos corriendo del sofá y abrimos la puerta en pijama.

—¿Todo bien?

—Chicas, creo que me están siguiendo, llevo todo el día viendo el mismo coche detrás de mí, lo he visto aparcado en el estudio y luego delante de mi casa, no sé pero creo que está pasando algo.

—¿No deberíamos llamar a James? —pregunto mirándolos a ambos.

—¿Sabes cómo contactar con él y no me lo has dicho?

—Me hizo memorizar un teléfono por si pasaba algo, pero me dijo que sólo para una emergencia.

Ellos me miran abriendo los ojos más de lo normal.

—¿Qué? —les pregunto.

—¡Esto es una emergencia!

Gerard se asoma a la ventana mientras yo voy marcando los números en el móvil y Claire va de un lado a otro como una loca.

—Creo que están ahí fuera —dice Gerard.

—Date prisa Gen —grita Claire poniéndome más nerviosa.

—¡Creo que me he equivocado, dejad de marearme!

Claire aparece en mi hombro para comprobar qué estoy haciendo como si se tratara del loro de un pirata.

—No te apoyes que se me va el dedo —le advierto nerviosa.

—Ay Dios mío Gerard, ¿cómo se te ocurre venir aquí? —pregunta Claire.

—¿Y dónde iba a ir? —dice él apartándose de la ventana y cruzando los brazos por encima de su prominente barriga.

—No sé, a la policía.

—Creerían que estoy loco.

Yo alzo la vista y dudo al mirarle, no sé si realmente le siguen o no, pero ya he conseguido marcar el teléfono que me dijo James. Le explico la situación en cuanto oigo su voz, cómo la echaba de menos...

—Ajá... Ajá... De acuerdo.

Cuelgo y dejo el móvil en la mesa con tranquilidad.

—Va a enviar un par de agentes que están cerca para asegurarse de que estamos bien. Y en cuanto esté libre vendrán él y Eduard.

—¿Ya está?

—Eso me ha dicho —respondo encogiéndome de hombros—. Dice que no corremos peligro, están todos detenidos.

—¿Los de la organización también? —pregunta Claire frunciendo el ceño.

—No me ha dicho nada más.

Alguien toca el timbre y los tres damos un respingo.

—Gerard, ve tú, que eres al que persiguen —dice Claire y yo asiento con la cabeza para apoyarla.

Él refunfuña algo y se acerca lentamente hasta que llega a la mirilla.

—No hay nadie —reconoce confuso.

—Yo no me quedo a esperar a que lleguen los agentes —digo corriendo hacia mi móvil y luego hacia el bolso. Saco la pequeña pistola que me dio James y que no me pidió que devolviera, ni yo me acordé de sacarla en su momento, y abro la puerta sin pensar demasiado.

—¿Qué haces?

—Seguidme, nos vamos corriendo de aquí.

—Puede que haya llamado un niño para gastar una broma —sugiere Claire.

—Pues me lo cargo —digo envalentonada cuando ya he bajado los tres escalones que llevan al pequeño jardín de mi casa. Muevo el arma como una loca hasta que llego al coche y Gerard y Claire me siguen corriendo. En cuanto oigo cerrarse la puerta de Gerard atrás arranco el coche y meto primera para salir derrapando. He tirado el puñetero gnomo del jardín, lo observo con pesadumbre cuando ya estoy metiendo tercera y apretando el acelerador como si no hubiera un mañana, pero es que puede que no lo haya.

—Yo a James lo mato.

—¿Dónde vamos? —pregunta Gerard.

—Nos están siguiendo —compruebo por el retrovisor.

—Esto no acabará nunca —se queja Claire.

—Voy a intentar darles esquinazo y luego llamamos a James.

Pero en ese instante James llama y le pido a Claire, que está a mi lado, que ponga el manos libres.

—¿Estáis bien? —pregunta él.

—Nos están siguiendo —grito, por si no me oye.

—Han disparado a uno de los agentes que han ido a tu casa. ¿Dónde estáis?

—Acabo de entrar en la autovía. No sé dónde ir, sólo intento que dejen de seguirnos.

En ese instante los del coche de atrás nos disparan y todos empezamos a gritar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta James.

—¡Nos disparan! —respondemos los tres gritando al unísono.

—Vamos a buscaros, sigue esquivándolos —me aconseja como si eso fuera lo más normal y fácil del mundo.

—La madre que lo parió —suelta Claire cuando cuelga.

—¿Pero quién nos persigue ahora? ¿Por qué? —me pregunto sin esperar respuesta y casi al borde de las lágrimas.

Evidentemente nadie me contesta, ellos están preguntándose lo mismo.

No recuerdo haber visto así a James, nunca. Ni yo mismo me he visto así tampoco, pero esta sensación de no poder hacer nada nos ha invadido desde la primera llamada de Geneviève. James ha intentado quitarle importancia para que no se pusiera nerviosa, pero la gravedad de la situación no nos ha dejado indiferentes.

—Eduard, no voy a esperar más aquí, si quieres me sigues.

—Te sigo —le respondo cogiendo la pistola.

James se adelanta y llama por teléfono mientras corre hacia el coche. Le oigo hablar con una furia desmedida a la otra persona.

—Lo quiero preparado para dentro de cinco minutos —acaba diciendo antes de colgar.

No sé si atreverme a preguntar qué ha pedido para tan poco tiempo, pero con su carácter no creo que le falle la persona con la que ha hablado.

Él conduce como un loco, bueno, como Geneviève, tal vez se le ha pegado de estar con ella... Lo miro de reojo y veo la tensión en sus ojos y en su boca. Yo tampoco me siento bien, me siento culpable por haber metido a Claire en este embrollo, por haber confundido a Geneviève con Joelle. No sé cómo he metido la pata de esa forma, pero no volverá a pasar, no dejaré que la soberbia me dirija de esta forma. No habrá un próximo error, me repito a mí mismo mientras James permanece en silencio sorteando los otros coches como si fuera una carrera callejera.

Deja el coche en medio de la calle y baja corriendo, yo le sigo. Entramos en un edificio y subimos por el ascensor marcando él el último piso. Las puertas se abren y vemos ante nosotros un helicóptero preparado para salir en cuanto entremos.

—Tranquilo, las salvaremos —le aseguro antes de subir al helicóptero con un apretón en su brazo.

Él me dirige una mirada cargada de una emoción que no he visto antes y sube inmediatamente.

—Tienes que salir de esta, Geneviève. Tú piensa que tus hijos están al final del camino, y tienes que recogerlos, acaban de salir del cole y no encuentran a su mamá.

—Eso me ayuda mucho, gracias Gerard.

—Era una idea.

—Hay madre, hay un helicóptero sobre nuestras cabezas. ¡Lo que nos faltaba! —grito girando la cabeza por encima del volante.

Le doy la pistola que tengo sobre mis piernas a Claire, que la coge como si quemara.

—¿Crees que voy a poder derribar un helicóptero con esto?!

—No sé, con mucha puntería le das a algo de la gasolina.

—Tú has visto muchas películas.

Los del todoterreno que llevo detras vuelven a disparar, y voy girando hasta que salgo a la misma velocidad por la salida de la autovía, casi nos vamos por el borde, pero cambio la marcha antes de que se vaya del todo sin llegar a frenar.

Todos nos quedamos en silencio cuando oímos el ruido de los engranajes del motor chirriar por estar tan revolucionado y soltar el embrague demasiado pronto.

—¿Sabes lo que haces?

—Estoy muy nerviosa, no me gritéis. Si freno se me va el coche a tomar viento.

—Nos vas a matar antes que los que nos persiguen.

De pronto vemos el todoterreno caer como casi caemos nosotros y los tres nos quedamos en silencio unos segundos hasta que Claire dice mirando hacia atrás:

—¿Qué ha pasado?

—Creo que ha sido el helicóptero.

—¿El helicóptero? —pregunto mirando hacia el cielo otra vez inclinándome sobre el volante.

—Están llamando al móvil —advierde Claire.

—Pon el manos libres.

—Geneviève, detén el coche, ya no os sigue nadie.

Yo le obedezco confusa y me meto en el aparcamiento que hay a mi izquierda, a pesar de los coches que vienen por el sentido contrario, a pesar de que no sé si voy en dirección Versailles o de vuelta, a pesar de que estoy a punto de desmayarme mientras Claire y Gerard no paran de hablar sobre lo que ha pasado, intentando dar una explicación.

Y sus voces me parecen más lejanas de lo que están en realidad cuando al fin el coche está detenido por completo. Me dejo caer sobre el volante y sobre mis brazos cruzados encima de él.

—Geneviève —dice Claire moviéndome desde mi hombro.

Giro la cabeza y veo a James en la puerta del coche, lo veo abrirla y sacarme de aquí como si fuera una muñeca sin vida.

—Todo está bien —me susurra al oído mientras me abraza.

—¿Por qué nos han perseguido? ¿No había acabado todo? —pregunto mirándole a los ojos con los míos turbios por las lágrimas.

—Aún no sé qué ha pasado, pero no volverás a correr peligro nunca más —me asegura fundiéndose conmigo en un abrazo y besándome después a pesar de que este lugar se está llenando de agentes.

Cuando al fin nos separamos para regresar a la base vemos que Eduard sigue abrazando a Claire. A Gerard lo están asistiendo con oxígeno dos enfermeros.

James coge su teléfono y lo mira con una expresión de horror.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es Chloè, ha enviado el código.

Eduard suelta a Claire y lo mira con la misma expresión que tiene James.

—Ha sido una trampa —dice Eduard como si hubiera descubierto algo que llevaba tiempo intentando saber.

—¿Qué pasa? —preguntamos Claire y yo al unísono.

—Ha sido una trampa, alguien de dentro ha hecho que os persiguieran para que saliéramos todos de la base y poder dejarla desprotegida. Chloè ha enviado un código de alarma —me explica James con la preocupación en sus ojos.

—¿Llegaremos a tiempo? —pregunta Eduard.

—El helicóptero —señala James.

—¿Qué hacemos con ellas?

—No quiero perderla de vista nunca más.

—¿Estaremos seguras ahí dentro? —pregunta Claire boquiabierta. No es de altos vuelos esta mujer... Pero en este caso el vuelo no será tan alto... Espero que no le dé un ataque de pánico.

Cuando llegamos a la base está todo patas arriba. Las luces parpadeando y demasiado silencio.

—¿Qué ha pasado aquí? —susurra Claire tras Eduard.

Geneviève se acerca y me encanta percibir de nuevo su olor, no sé qué ve en mí, no sé por qué vuelve a mirarme de esa forma, pero no diré una palabra para evitar que se vuelva a apartar de mi lado.

—Hemos llegado tarde —reconozco.

Empiezan a llegar agentes y se dedican a inspeccionar cada rincón en busca de alguna prueba para comprobar qué ha pasado. Nosotros nos dirigimos hacia el lugar donde está Chloè y George, si es que siguen allí.

—¿Quién ha hecho esto? —pregunta Geneviève cuando ya estamos en nuestro centro de operaciones.

—Debe haber sido Joelle, nunca me fié de ella totalmente.

—No está aquí, ni Philip tampoco —confirma Eduard—, es posible que Philip esté muerto.

—Chloè y George están en el piso franco —compruebo mirando mi móvil—. Irémos allí y organizaremos de nuevo la operación con los datos que tengamos.

Capítulo 12.

No soy capaz de dejar de mirar a Geneviève ni un segundo desde que la encontré ayer en su coche con la cabeza apoyada en el volante. Es la segunda vez que creo que la he perdido, que temo realmente por su vida, y no quiero que haya una tercera. No soporto esta sensación y me he dado cuenta de la importancia de no tener ningún sentimiento con nadie cuando se tiene esta profesión.

Ella me mira con desconfianza ahora. No entiendo por qué. Llevamos aquí todo el día controlando la información que nos envía Eduard desde la base francesa. No podemos obviar que aún no hemos encontrado el topo, pero necesitamos su colaboración. Lo único que podemos hacer es omitir toda la información posible y lograr que trabajen con nosotros. Es difícil cuando no das nada a cambio, pero Eduard es un buen agente. Salvo por el fiasco con Geneviève, jamás había cometido un error.

—Tengo que hablar contigo —le susurro a Geneviève para no molestar a Chloè y a George, que están trabajando con los ordenadores.

Hemos tenido que volver al piso franco que no conoce nadie, porque no nos fiamos ya de ningún agente. Cuando todo acabe haremos una criba, pero hasta entonces hay que trabajar desde aquí.

—Eduard me ha enviado un mensaje —le digo en cuanto la puerta se cierra a mi espalda.

—¿Y? —pregunta con desconfianza.

—Y las cosas no pintan bien, Geneviève. Y no puedo dejar que te vayas.

—Por mi seguridad.

—Por tu seguridad —repito acercándome hasta estar a unos centímetros de su boca.

—¿Qué haces?

—Besarte —le digo antes de hacerlo. Ella se deja besar y me acaricia mientras lo hago.

La llevo hasta la mesa donde antes estaban los ordenadores que usaban Chloè y George y la subo para poner sus nalgas encima de la tabla. La abro de piernas y me acerco a su cuerpo, que me acepta enroscando sus piernas a mi

espalda. No sé todavía qué hace que me deje hacer esto, es tan guapa y yo soy, bueno, soy yo.

—No quiero que vuelvas a desaparecer —le susurro besando su cuello.

—¿Cómo? —pregunta apartándose de su cuerpo y mirándose de una forma que no me gusta ni un pelo.

—Que no quiero que vuelvas a irte —digo tentando a la suerte, porque creo que he dicho algo malo y no sé en qué punto está lo malo.

—¿Que no me vaya otra vez? Pero si os deshicisteis de nosotras en cuanto tuvisteis oportunidad. ¿Con cuántas has estado en tus “misiones” hasta ahora? Seguro que te follas a todas las que trabajan contigo.

—¿De qué estás hablando? —pregunto atónito.

—Lo sabes muy bien, y no me importa que hagamos lo que tengamos que hacer si nos apetece, pero que me quieras engañar con palabras bonitas. No te lo acepto —dice bajando de la mesa y saliendo de la habitación cuando aún estoy intentando encontrar las palabras malas para cambiarlas por las buenas.

Me quedo unos minutos intentando entender qué le pasa a Geneviève y cuando al fin salgo sin haber logrado nada y vuelvo al salón donde están George y Chloè, esta última me mira por encima de sus gafas con los ojos de alguien que te está juzgando por todos tus pecados.

—¿Qué he hecho ahora?

Chloè se da la vuelta hacia su pantalla y me ignora. Y Claire se levanta del sillón donde estaba sentada con las piernas recogidas y se va hacia la habitación donde duerme Geneviève. No sé qué les pasa a estas dos. ¿Se habrán puesto de acuerdo para desquiciarme?

—Chloè —la llamo cuando intenta hacerse la que no se entera mirando su pantalla.

—¿Sí?

—¿Qué les pasa?

Ella se levanta y se ajusta las gafas para encararme. Es la primera vez que la veo hacer algo así.

—James, no te enteras de nada.

Ella vuelve a sentarse y conecta con Eduard de nuevo.

—Ha salido —me advierte Chloè.

Yo miro hacia el pasillo donde se han medido esas dos y siento que no sé qué puedo hacer para entender lo que ha ocurrido, pero ahora me veo obligado a trabajar. Ahora mismo lo odio, mi trabajo, quiero decir.

De hecho no lo había pensado hasta ahora, pero sí, lo odio. Sobre todo si

no me permite estar con Geneviève.

—¿Qué has encontrado? —pregunta Chloè a Eduard por el micrófono.

—Voy hacia allí. Pero lo importante es que hay un agente francés infiltrado, podemos contactar con él.

—¿Otro agente? ¿Pero cómo no lo sabíamos? —me pregunto, pero sé que es así como trabajan los franceses.

—Tenemos una oportunidad para dismantelar la organización, os lo explico cuando llegue.

La última vez que vi a James supe que no había hecho otra cosa que utilizarme para que fuera a reunirme con los rusos en el museo, pero que ahora vuelva y me diga que yo me fui, que no quiere que vuelva a desaparecer... ¡Pero si fue él quien me echó de su lado tras memorizar el puñetero teléfono! Y encima me advirtió que sólo para emergencias, como si fuera una loca acosadora, ¿está loco?

Oímos la puerta y Claire y yo salimos de la habitación para saber qué ha averiguado Eduard. A ver si podemos volver a nuestras vidas de una vez. Ahora más que nunca necesito salir de este piso que me ahoga. No hay suficiente espacio para James y para mí aquí dentro.

Eduard está explicando que hay un agente infiltrado con el que ha contactado y que están buscando a Joelle en la organización, porque no se fían de ella, además de que no saben nada de ella desde que me dieron el pendrive. Vamos, que desde hace dos semanas no la han visto.

—Entonces Joelle mató a Philip y desapareció —calcula James—. ¿Y por qué no sabíamos nada de ese agente?

—Ya sabes cómo son los franceses. De todas formas no ha llegado a entrar como lo hizo Joelle. Pero algo es algo. Si pudiéramos encontrar a Joelle podríamos llegar a la cúpula y acabar con toda la organización.

—¿Por qué me miráis? —pregunto asustada—. No saldría bien. No me parezco tanto.

—Te pareces mucho, te confundieron y te dieron el pendrive, recuérdalo —dice Eduard—. Yo también te confundí con ella.

James me mira y luego niega con la cabeza.

—No podemos volver a meterla en algo así.

—James, no tenemos otra opción. Iremos con ella si hace falta.

—Sabes que no podemos.

—Hay una oportunidad. Os lo explicaré.

Estamos vestidos como dos actores en los Óscars... no sé si dar más

explicaciones. El caso es que hacía mil años que no me ponía un traje y me siento incómodo, y sin embargo Geneviève está espectacular.

Sólo espero que no nos maten, porque no pienso trabajar más en esto, he decidido que ésta será la última misión, y si consigo convencer a Geneviève para que me deje estar a su lado, es lo que haré el resto de mi vida.

La música llena todo el chateau y los demás invitados van tan ridículos como nosotros, así que no llamamos la atención: Ni nos oyen bien ni nos ven distintos...

Geneviève me aprieta el brazo con su mano sobre él y la acaricio mientras nos adentramos en el enorme salón con los demás invitados.

—Estás guapísima —le susurro acercándome a ella.

Este trabajo lo podría haber hecho Eduard, pero yo no habría podido soportar permanecer en una sala viendo por una pantalla cómo sucedía todo sin poder intervenir personalmente. Necesito sentir que puedo protegerla.

—Tú también, guapísima —me responde con un tono chirriante.

—¿Qué pasa ahora?

—Tú sabrás.

—Odio esa frase —me limito a decir refunfuñando después.

—Has vuelto a utilizarme para tu beneficio.

—No es así. Me negué en cuanto lo sugirió Eduard.

—Ayer me pillaste desprevenida... y haces eso con la lengua... No volverá a pasar —sentencia cambiando el tono de su voz.

—No sé si recordarte que hay gente escuchándonos...

Hay agentes siguiendo nuestros pasos y escuchando todo lo que decimos. Ella no dice nada más y refunfuña mirándome de reojo. No sé cómo explicarle que cuando acabe todo esto lo único que querré será estar con ella, pero ahora no puedo hablar.

Sin embargo puedo hacer otra cosa.

—Ven —le susurro y la aparto de un camarero que está sirviendo en una bandeja unos vasitos fluorescentes de licor.

Afortunadamente no hay mucha luz, así que podemos mezclarnos con los demás y yo puedo demostrarle sin palabras lo que me importa ya esta misión, sólo me importa porque será la última, y en cuanto termine todo, podré estar con ella. La beso agarrándola de la cintura mientras el estruendo de la música hardcore nos vuelve locos. Antes de acabar la misión puede que una bala perdida vaya al dj. Tal vez pueda presentarlo como “daños colaterales”, son inevitables...

La acerco a mí y le meto la lengua hasta la garganta, la oigo gemir y me detengo, puede que la oigan también los demás agentes, o tal vez el ruido de la música amortigüe el sonido.

—Vamos, ahora es el momento —le susurro después de besar su cuello para disimular.

Nos dirigimos al piso superior del enorme chateau y nos dedicamos a buscar habitación por habitación. La información era bastante escasa y sólo podíamos contar con el reconocimiento físico del lugar, el mejor momento era éste, una fiesta privada para los que han financiado el proyecto, y que esperan hacerse más ricos todavía vendiendo el arma que han creado a los gobiernos corruptos que paguen por ella, o a los señores de la guerra que tengan el suficiente dinero para pagarla. Morirían miles de personas con un arma así de potente y barata de fabricar. Tenemos que destruir los planos antes de que se construya en masa, tenemos que destruir todo rastro de esto y la única forma es introduciendo un virus nanotecnológico en el ordenador central de la organización, que es muy posible que esté en este lugar, sólo hay que encontrarlo.

Oímos unos ruidos por el pasillo y nos quedamos quietos en la última habitación en la que hemos entrado.

—Dijiste que Joelle había muerto —dice una voz masculina.

—La maté yo mismo, te lo aseguro. Acabo de dejar su cuerpo en una cuneta. He venido directamente hasta aquí, es imposible que haya sobrevivido.

—Ha entrado, si hubieras avisado antes la habríamos detenido en la puta puerta. Encuéntrala o morirás tú también —le ordena el primero.

Geneviève me aprieta la mano y yo vuelvo a acariciarla. Si la encuentra quien quiera que sea la matará. Están buscándola en esta planta. Ha sido un error traerla aquí.

—Pero no pude avisaros, me tenían allí encerrado, bastante es que pude enviar aquel mensaje a los rusos para poder salir de allí... —dice la segunda voz y luego se oyen unos pasos y desaparecen para continuar la conversación fuera.

Tenemos que salir de este lugar como sea. No puedo seguir exponiendo a Geneviève a este peligro cuando ni siquiera sirve que se haga pasar por Joelle para completar la misión.

—Vayámonos, volveremos a empezar la misión —le susurro acariciándole la mejilla.

—No, acabemos con esto de una vez. Chloè, ¿tienes los planos?

—Hay una gran concentración de energía en la última planta, en el ala oeste, pero no tengo toda la información —le responde Chloè.

—Podemos hacerlo —me susurra de nuevo Geneviève apretándome la mano.

—Es una locura, no puedo perderte otra vez.

—Pero si me apartaste tú de tu vida.

Yo le acaricio la mejilla y atrapo su carita para besarla.

—No me hablabas desde lo del museo, pensaba que te habías dado cuenta de que sólo soy un hombre demasiado mayor para ti y demasiado cascarrabias.

—Eres tonto —me responde acariciándome también la cara antes de besarme.

—No quiero interrumpir un momento tan bonito —dice Eduard por el auricular—, pero no es momento de esto. Os están buscando...

Geneviève reacciona antes que yo y se aparta de mis labios. Salimos de la habitación sigilosamente y nos movemos hacia el lugar que nos indica Chloè con los datos que obtiene del satélite y los planos que ha construido en un tiempo record gracias a la última tecnología.

Cuando llegamos a la torre del chateau un rostro familiar aparece tras la puerta.

—Philip, tú eres el topo —digo apuntándole con la pistola.

—Yo soy el topo, y vosotros estaréis muertos en muy poco tiempo.

—Debí comprar el muñeco biónico... —dice ella.

—¿De qué muñeco hablas? —pregunta Philip.

—De uno muy caro —responde y Philip se distrae con sus tonterías cuando de pronto se oye un estruendo y un rastro de sangre cae por la frente de él antes de caer de bruces contra el suelo.

Joelle aparece ensangrentada a su espalda y cae de rodillas tras dispararle al hombre que había intentado matarla.

—Lo he seguido hasta aquí —dice Joelle apoyándose sobre sus manos en el suelo para no caer.

—Geneviève, ocúpate de ella, tenemos que meter el pendrive en el ordenador antes de que venga alguien más. Es la única forma de acabar con todo esto, destruirá todos los rastros de los planos que haya a nivel global, en todos los dispositivos. Y caerá toda la red de la organización.

—Claro.

—Bendita tecnología —digo cuando introduzco el pendrive y hace su magia con toda la información.

—Si Philip no nos hubiera traicionado no habríamos tardado tanto en conseguirlo, estaba tan cerca cuando él decidió aceptar cambiar de bando... —dice Joelle quejándose en los brazos de Geneviève.

—Pero le dispararon en Suiza —dice Geneviève.

—Lo hizo para que no sospecháramos de él. Fue la forma de entrar en el servicio secreto inglés. Él lo preparó todo desde que estuvimos en Berna pero no tuvo el contacto con la organización hasta que lo supisteis vosotros, os siguió hasta aquí y me disparó poco antes de llegar.

—¿Cómo saldremos de la mansión? —pregunta Geneviève sosteniendo el cuerpo dolorido de Joelle.

—Tenéis un minuto hasta que se den cuenta —dice Chloè—. La caballería llegará pronto, sólo tenéis que sobrevivir hasta que lleguen.

—Salgamos de aquí.

—Conozco este lugar, había visto los planos cuando me infiltré, sólo que no sabía dónde estaba realmente —asegura Joelle dándonos esperanzas—. Hay una puerta secreta en la torre, es por donde he llegado.

Ayudamos a Joelle a levantarse y desaparecemos por el lugar que nos indica para escapar hasta las antiguas cuadras del chateau. Cuando logramos llegar abajo oímos el sonido de los helicópteros y vehículos acercándose. No volveré a trabajar en otra misión, ni a exponer a Geneviève a un peligro similar.

—Sólo hay algo que no entiendo —le digo a Geneviève dejando el cuerpo de Joelle en el suelo para sentarnos a su lado rendidos.

—¿Qué?

—¿Qué es un muñeco biónico?

Geneviève empieza a reír y se deja caer de espaldas en el suelo de las cuadras mientras la miro sin entender nada.

Epílogo.

Geneviève me mira desde la orilla de la playa y se ajusta el sombrero. Philip y Alain se persiguen el uno al otro intentando pegarse, como de costumbre, hasta que una adolescente se queda mirando a Alain y él se queda también embelesado mientras Philip abandona el juego porque sabe que ya su hermano no siente ni padece dolor. Y el juego parece ser que sólo era divertido cuando conseguía hacerle daño...

Claire y Eduard nos saludan y yo ajusto la hamaca para tumbarme dejando el Margarita en la mesa que tengo al lado. Me he retirado y he elegido la Costa Azul para ello, puede que el año que viene nos traslademos a la Costa Blanca, e iremos cambiando de color de costa según la temperatura del mar, siempre un poco más cálido... Pero nos hemos propuesto no salir del Mediterráneo, manías de un hombre mayor... En todo lo demás acepto las propuestas de los otros.

—Gerard acaba de llegar a Corea —me dice Geneviève cuando está a menos de un metro de mi hamaca.

Yo bajo mis gafas y la miro sin saber de qué está hablando.

—El grupo de pop coreano del que te hablé...

Yo asiento y me relajo de nuevo.

Ella se acerca a mí y me acaricia la mejilla inclinándose sobre la hamaca. Yo tiro de su brazo y hago que caiga sobre mí. Si supiera cuánto me importa, cuánto la necesito... Todavía no entiendo qué ve en mí, de hecho se lo voy a preguntar por enésima vez.

—¿Qué ves en mí?

Ella finge dudar.

—No lo sé —asegura tetralizando el momento. Incluso se levanta y mira a su alrededor sobreactuando—. No lo sé —afirma con las manos en la cara.

Yo la miro alzando una ceja, pero ella sigue con su espectáculo.

—¡Niños! Nos vamos —grita, pero no le hacen caso. Esos dos nunca hacen caso a la primera, si un niño hiciera caso a la primera lo investigaría algún científico, y ella juega con ese detalle ahora mismo.

—Geneviève... Dame un beso, te lo ruego.

Ella se da la vuelta y me sonrío para volver a la hamaca y sentarse a mi lado.

—¿Sabes lo que veo en ti? Cuando alguien te gusta es pasión, sólo es atracción —dice acariciando el vello ya canoso de mi pecho con sus dedos—, cuando es inteligente, es admiración —explica mirándome a los ojos ahora—, cuando te gusta su compañía, es amistad, y si es todo a la vez y no se sabe qué es en concreto, es amor.